



Lita Pérez Cáceres

María Magdalena María

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lita Pérez Cáceres

María Magdalena María

A mis padres,
que fueron mis mejores maestros.
A Fernando
y a mis hijos.

Prólogo

Para leer un libro necesitamos ciertas razones, a veces arbitrarias. Alguien puede aconsejarnos que lo hagamos, u obligarnos. Podemos entusiasmarnos con las diez primeras líneas, o seguir leyendo penosamente, motivados por un oscuro sentimiento de deber.

Sin embargo, para leer este libro de Lita Pérez Cáceres sólo hace falta empezar. Ella es una comunicadora infatigable que conoce muy bien y usa, siempre versátil y fresca, los lenguajes de la radio, de la literatura, de la televisión, de las publicaciones del mundo actual. Sólo le falta ser guionista de cine y actriz, y manifestarse estéticamente en estos géneros que tanto ha frecuentado como espectadora, sobre todo en Buenos Aires, ciudad que la vio crecer y hasta hoy anima muchos aspectos de la estructura de su personalidad.

En plena producción, Lita Pérez Cáceres está floreciendo con tonalidades extrañas en su creación literaria. ¿Escritora costumbrista? ¿Humorista? ¿Atrevidamente intimista, como balanceándose infinitamente entre su rostro y la máscara adoptada?

La palabra de esta brillante mujer es como una linterna que busca en las descripciones, en las evocaciones y giros narrativos, al mismo tiempo, lo más dulce y más amargo, las grandes paradojas del destino humano y animal, inmersa sin retaceos en la naturaleza de nuestra cultura contemporánea. Ella sabe contar anécdotas, hechos, historias, situaciones, con asombrosa practicidad y con ironía apoyada en ricos giros verbales. [12]

Su universo literario es amplio. En él caben la niñez y la muerte, la represión y la rosa, el pan y los infiernos. Sabe convertir en espectáculo lo más simple y trivial, pero con una hondura tan peculiar, que logra volver a vivir y hacernos vivir insólitos sucesos, desde muy por detrás de los conceptos.

Es como si ella sintonizara lo que sucedió, lo que sucede, lo que está en el aire, en el ir y venir de esta civilización, para convertirse en eco de una sensibilidad colectiva, en la réplica mordaz, y a veces como espejo empañado de un tenue lirismo.

Sus ficciones tienen valor literario y periodístico. Lita Pérez Cáceres ha sabido unificar los mejores elementos de la crónica como técnica moderna de comunicación, saltando olímpicamente sobre las murallas de los géneros.

Sólo hay que entrar sin prisa en estas páginas, en letras y palabras que pueden, repentinamente, ser dibujos de cariñosos fantasmas y caserones tristes, de amantes que postergan su cita para la eternidad, de enfermos internados y encerrados en hospitales-cárceles de los que salen a ratos flotando sobre un vehículo especial, ultrafuturista, llamado espíritu.

Éste es un pueblo con personajes tontos y geniales, cuerdos y locos, en el reino de la fantasía que linda, casi sin fronteras, con un país real en el que Lita Pérez Cáceres despliega sus armas y sus pócimas para salir a la calle, a buscar su pan y el más alto sentido de la libertad creadora.

Nila López [13]

La gran celda

María Martha trataba infructuosamente de abrir el candado. Su padre, con mirada desaprobadora, continuaba:

-Es un disparate gastar el dinero en una casa en ruinas. No entiendo por qué lo has hecho. Y sin consultarme. ¡Si es una tapera! Me habían avisado tus hermanos, pero no les creí. Francamente hija, no te reconozco. Vivimos tan bien los tres, tu madre va a enfermarse si nos dejás.

-Hagan de cuenta que me caso.

-Martha, estoy hablando en serio. Ojalá te casaras. Se te borrarían esas ideas locas. Pero dudo que a estas alturas consigas marido... Además, sos muy seria, casi beata, y ahora los hombres buscan mujeres más audaces, más modernas.

-No me dirás que comprar esta casa para vivir sola es una idea de beata.

-No. Dios me libre, de loca y de aturdida, sí. ¿Ya consultaste con el padre Damián?

-No, y no pienso hacerlo, y por favor dejá de hablar, que me ponés nerviosa.

Se dio por vencida, sacó la llave e invitó a su padre a entrar por un lugar en donde el alambrado estaba roto. Tenía un vestido blanco, vaporoso, que él nunca había visto. Casi se le rompió al pasar por entre los alambres y se le llenó de abrojos al cruzar el tupido matorral que cubría el sendero que conducía a la casa. Éste era un recuerdo lastimoso [14] de lo que había sido y apenas conservaba intactos los ladrillos de las dos hileras centrales.

A los costados, las malezas ganaban terreno y pregonaban la interminable victoria de la naturaleza sobre los hombres.

Al pisar la galería del frente, María Martha declaró: «Es inútil papá, yo, María Martha Rolón, de 46 años de edad, soltera y sin compromiso, estoy inmensamente feliz con la compra de esta casa. Me mudaré cuando esté habitable y viviré aquí hasta que muera». Don Enrique no sólo estaba furioso sino atónito. Su única hija mujer parecía otra. Desde que heredó la fortuna de la tía, no podía manejarla, se le escurría de las manos. No obstante, creyó oportuno seguir argumentando: «Estás completamente loca, tu tía te dejó su dinero porque sos soltera y quiso ayudarte a vivir mejor. Con nosotros no te falta nada y lo hubieras invertido en la financiera de tu hermano en vez de tirarlo en esta basura. Todavía, si estuviera ubicada en la calle principal, sería pasable, pero aquí, en este lugar perdido de Areguá, es tonto gastar en ella».

María Martha no contestaba, estaba muy atenta con lo que le pasaba con sus llaves. Entraban en las cerraduras, daban vueltas chirriando, pero no lograban abrir las puertas. Ninguna de las dos de frente. Quizás estuviesen cerradas por dentro con trancas, pensó. Trataría de entrar por una de las puertas de atrás.

-Vamos por la otra galería papá. Por acá es imposible.

El padre trató de ser más conciliatorio:

-Marthita, no seas caprichosa, nunca lo fuiste. ¿Cómo se te ocurre venir a vivir aquí? La casa está horrible y, aunque la arreglaras, ¿qué harías? Todas tus amistades están en Asunción. Tu madre no puede moverse sin tu compañía. ¿Qué clase de sociedad vas a encontrar en este pueblito? ¿Con quién vas a hablar? Véndela hijita, hacé caso a tu padre que quiere lo mejor para vos.

-Por favor, papá, está decidido. El arquitecto me aseguró que la estructura principal es fuerte y no está dañada. Sólo falta cambiar algunas tejas, revocar, hacer un baño nuevo, pintarla..., lustrarla, si querés. Son meros detalles. Yo la estoy viendo resplandeciente ya, llena de vida, de luz.

-Nunca supuse que fueras tan imaginativa. Aquí necesitás, por [15] lo menos 10 millones de guaraníes para comenzar. Pero, ¿por qué? ¿Cómo una chica decente va a vivir sola? ¿Qué van a decir nuestros amigos?

Su hija ya no escuchaba, el fenómeno de las llaves volvió a repetirse en las tres puertas traseras, feamente mutiladas, sin vidrios y con postigos carcomidos por soles y lluvias implacables.

La terraza estaba sombreada por los mangos que se alzaban a su lado y cuyas raíces amenazaban levantar la casa para llevarla hasta el infinito.

-Y ahora, ¿se puede saber qué pasa? Estoy seguro que los cuidadores te dieron cualquier llave y no las verdaderas. Se fueron muy resentidos.

-No importa papá; total, si no te gusta por fuera, no vale la pena entrar, no creo que seas capaz de echarle una miradita por dentro a las cosas, y, sobre todo, a las personas.

Don Enrique se fue sin despedirse. Estaba furioso. Le hubiera venido muy bien el dinero de la herencia, porque Gigí tenía caprichos más costosos cada día.

La mujer quedó sola, sentada en la balaustrada. Parecía una muchacha, había cambiado mucho exteriormente. Las líneas de amargura, que solían bajar a los costados de su boca habían desaparecido. Su cabello suelto se distribuía graciosamente alrededor de su cara.

El vestido ocultaba su austera delgadez y la envolvía amorosamente. Soñaba. Sus ojos miraban el montecito de fondo. Un cuarto en ruinas se ocultaba allí. Aún no sabía qué hacer con él. Parecía una celda, tenía un ventanuco con rejas de hierro y un pesado portón que se cerraba por fuera. Estaba lleno de suciedad y las gallinas eran allí dueñas y señoras.

María Martha sentía pena por sus padres. Doña Laureana y don Enrique vivían para las apariencias. Por eso es que había podido engañarlos durante tanto tiempo. Su aspecto apacible, su trato dulce y su docilidad los convencieron de que era una hija modelo. Quizás un poco mediocre, pero esa era una ventaja y no un inconveniente. Sus años junto a ellos fueron un interminable actuar.

Ahora era ella misma. En esta casa cometería todas las locuras posibles, se dedicaría a pintar, a recitar, a patinar, a tener un amante [16] joven, a practicar nudismo. El mundo de las hablaturías y convencionalismos sería desterrado para siempre de su entorno. Sería libre.

Creyó escuchar unos pasos sigilosos y se acercó a la puerta. Sí, eran pasos y voces apenas susurradas. Miró por el gran agujero de la llave y vislumbró el resplandor de una vela. Golpeó y golpeó hasta que le abrieron. La habitación era inmensa, y aun así parecía chica. Llena de seres oscuros, hambrientos y semidesnudos. La miraban con odio y con miedo. El lugar apestaba con el olor del terror, de la represión... Era inaguantable. No podía hablar, los reconoció como a viejos enemigos y se sintió indefensa. Comenzó a retroceder, pero ellos la rodearon y se acercaron cada vez más.

Qué extraño era todo, no decían palabra y, sin embargo, ella los oía hablar con las voces de su padre, de su madre, de su confesor. Voces conocidas que decían cosas despreciadas. Todos sus deseos, sus ilusiones más queridas fueron muriendo. Los pequeños e implacables seres venidos de las tinieblas de la hipocresía no la dejarían ser.

Se tapó los oídos y se rindió. La condujeron en una procesión siniestra hasta el cuarto del montecito. Le hicieron un lugar en el piso. Le vendaron los ojos, la amordazaron, ataron sus manos y sus pies. Cerraron la puerta al irse.

Ella miró el cielo oscurecido y la luz de las estrellas que se insinuaban le dio fuerzas para resistir. Quizás mañana llegaría el día de su verdad. Aguantaría en la pequeña celda.

Afuera, en la grande, el día era noche una vez más. [17]

Hipocondría

Pero esto es ya un escándalo, el doctor tendría que haber llegado hace una hora. Ah, se aprovecha porque aquí todos sus pacientes somos asegurados y no gana casi nada. Viéndonos desde fuera cualquiera creería que estamos cómodos, que no nos duele nada. Antes por lo menos tenía a quien quejarme, mi hermana me acompañaba, pero ahora la muy cretina prefiere quedarse a cuidar a su marido. Cornuda consciente, cree que el tipo cambió porque se hizo viejo, piensa retenerlo ahora, desvencijada y sesentona como está. Claro, ella dice que es lo único que le queda porque no tuvieron hijos y que yo haría lo mismo si no hubiera perdido al buen partido de Binghamms... Y sí, puede ser, pero a él valdría la pena cuidarlo. Era un gringo muy trabajador y no me casé por ser más honesta que ella. Sabía que no iba a poder darle una familia y él tenía la manía de la perpetuación de su apellido. Desde chica la abuela Sara me contaba que yo salí a mamá. Como ella, tengo una sensibilidad exagerada, todo me conmueve y mi corazón no soporta las emociones fuertes. Y eso nadie lo va a negar, porque lloro hasta cuando miro las telenovelas.

Parece que el aire acondicionado no funciona bien, estoy sintiendo mucho calor. No es uno de esos sofocones que me dan desde hace algún tiempo, es como si algo muy caliente y viscoso quisiera salir de mi garganta. También... esto es un invernadero, puro vidrio polarizado. A veces miro mi ciudad desde la aduana y la veo reflejada en esta torre. ¿Quién habrá sido el de la idea de mudar la clínica aquí? Todo es muy moderno pero los consultorios son apenas jaulas de madera terciada. [18] Cuando me atendía el doctor Trossi no me importaba, porque nunca me revisaba, pero ahora que lo cambié por el doctor Ferrer me da la impresión de que alguien me mira por la rejilla del aire acondicionado... qué sé yo por qué... Cosas que se le ocurren a una.

Hablando de Roma... ahí llega. Antes me gustaba mucho. Es buen mozo y siempre está impecable. Nunca una mota de suciedad, nunca un cabello fuera de su lugar. A veces me distraía mirando su reloj de oro y me olvidaba de contarle mis malestares. Pero ahora ni lo miro, lo que me hizo no se lo perdono. Me clavó bien hondo el puñal. Hasta ahora me pongo roja de la rabia cuando me acuerdo: «Usted no tiene nada. Está sana y no hace falta que venga todas las semanas. Lo único serio es su histeria galopante». ¿Histérica yo? Lo que lloré... Al principio busqué en el diccionario y no entendí lo que me quiso decir, pero cuando Berta, mi compañera de sección, me lo aclaró con esas palabras tan vulgares que suele usar, casi me da uno de mis ataques. Pero qué me importa, no hay que revolver el pasado, como suele decir Tomás, el marido de mi hermana, y la verdad es que a él no le conviene revolver nada.

El doctor Ferrer es tan diferente. Me escuchó con atención y me mandó hacer como veinte análisis, ha, ni siquiera esas secretarias de plástico podían creerlo. Pero ¡por Dios! Casi se me cerró por completo la garganta. ¿No tendré alergia al desodorante de ambiente? Fue una sensación muy desagradable, creí que me moría. Esto se lo tengo que contar

apenas entre, tal vez sea algo serio. Puede ser la ansiedad por conocer su diagnóstico definitivo. Desde la primera vez me prestó atención. Le contó de mi taquicardia, de mis vértigos, de mis jaquecas... No le dije nada sobre el adormecimiento de las manos, me olvidé, hoy sin falta se lo digo.

Lo que no me gustó nada es que me mandó a la doctora Saralegui, que es especialista en enfermedades nerviosas, y me dio un sobre cerrado para que se lo mostrara. Pero yo no aguanté y lo abrí con el vapor de la pava y leí. No entendí las palabras raras, sólo me quedaron grabadas éstas: «Confirmar si la paciente es S. B.». Y ahí vino el misterio, todos comenzaron a adivinar. Teresa, mi hermana, dijo que a lo mejor quería decir sentimental-buena. Petrona, la muchacha piensa que es algo de la [19] sensualidad. ¡Claro, como se pasa el día leyendo la revista LUZ! y el grosero de mi cuñado... mejor no acordarme.

Me estoy sintiendo cada vez peor, puede ser algo grave y quizás tenga que jubilarme antes de tiempo. ¿Y estas polillas? ¿De dónde salen? No, no, es posible, estoy llena de polillas, salen volando de mi boca, de mi nariz, de mis orejas... Nadie hace nada, todos están estupefactos, inmóviles, pegados a sus asientos... Hasta la señora que atiende la cantina me mira con la boca abierta y una bandeja en las manos... Por lo visto no piensan ayudarme, no se dan cuenta que estoy totalmente paralizada, que sufrí un gran derrame... Ahora quisiera verlo a Tomás y refregarle por la cara eso que dijo de sexo virgen... Ahora todos van a creerme... estoy enferma, muy enferma, muy, pero muy enferma... [20] [21]

Dios del olvido

Por fin... ahí está la casa, la calle... tranquila como siempre, me recibe con un concierto de trinos. El imponente ybyrá-pytá dominando sobre los arbustos y lleno de calandrias y chopís.

Siento la arena tibia entre mis dedos y al llegar al sendero de pasto la frescura traspasa mi piel. Tanto deseé volver, no sé cuánto tiempo pasó, no me importa... lo único valedero es que estoy nuevamente aquí.

No, no ha ocurrido nada, los rosales están pletóricos de flores y las enramadas comienzan a ofrecer sombras. El sol arde todavía y, es la mejor hora para contemplarla.

Es mi casa, nuestra casa.

Hay algunas malezas osadas que han crecido más de la cuenta, pero pronto recibirán su merecido. Las persianas están abiertas y rotos los vidrios de la puerta interior. Nada de eso me molesta, es cuestión de pisar con cuidado para no lastimarme.

¿Por qué estoy tan andrajosa y descalza?

La sala triste, silenciosa y desierta. En la mesa, mis amigas las arañas han tejido un delicado sudario que cubre las tazas caídas.

Amo todo esto, no siento el olor a encierro, ni me molestan los jarrones rotos. Mi figura parece multiplicarse en el espejo quebrado.

Tengo que abrir los ventanales y todas las puertas, la luz canta un himno al despejar las tinieblas. Debo ponerme a trabajar enseguida. Ellos volverán cansados y hambrientos.

Éste es mi lugar, mi reino. No es necesario tener muchos ingredientes [22] para preparar una rica comida, sólo es imprescindible el amor... así solía decir mi madre. Qué curioso, de pronto descubro que no sé nada de ella. Algunas ideas locas quieren turbar esta hora de bonanza...

Recuerdo unos versos que se traen una tristeza pertinaz como la hiedra...

el mes sin dioses ha llegado
furiosos vientos atormentan
mi corazón desprevenido.
No hay incienso ni mirra
ni valioso sacrificio
que puedan impedir que
lo envuelva la tristeza

Pero no volveré a permitir que me suceda algo parecido. La escoba me espera en su lugar, voy a comenzar de una vez.

¿Habrán hecho lo mismo las residentas cuando volvieron a sus hogares destrozados y encontraron sus jardines con inmensos pozos cavados por manos avariciosas?... Pero, ¿por qué estoy pensando en eso? Yo no soy igual a ellas, no he perdido a nadie... ni nada.

La noche se hace eterna, mi esposo ha fumado su último cigarrillo hace tiempo y sus suspiros y toses son los pocos sonidos conocidos que me acompañan en la vigilia tensa. Mis hijos han cerrado las puertas y trancado las aberturas, pero el fragor de los disparos, de los vuelos rasantes y de los cañonazos atraviesa las paredes y nos inmoviliza de miedo.

Mi compañero de toda la vida quiere tranquilizarme y trata de hilvanar unas ingenuas mentiras. Finjo creerlas. Realmente no tenemos culpa de nada. No hicimos daño a nadie. Él no tiene actuación política y su cargo es técnico... pero siento que somos odiados. A veces cuando salimos en el vehículo, pintado ostentosamente de rojo, mis vecinos, los [23] que viven en los ranchos, clavan en nosotros sus miradas hambrientas y heladas.

Si supiera rezar inventaría una oración y también un nuevo Dios. Sería el Dios del olvido. Le pediría que borre de la memoria de toda esa gente, que ahora grita y festeja, la injusticia, los despojos que han sufrido durante tan largo tiempo. Me pasaría horas implorando para que todo su poder evite que recuerden nuestra indiferencia, nuestra felicidad egoísta. Quizá este Dios, de imagen dorada y cubierto de piedras preciosas, sea el

indicado para aplacar la furia y la venganza de los desheredados de siempre. De todas formas encenderé una vela en el cuarto de mis hijos...

Pero ya no hay tiempo, están llegando, sus pasos llenan el jardín y la galería. Golpean impacientes y rompen los vidrios con las culatas de sus armas.

Qué pronto oscureció. La noche es cálida y el perfume de los jazmines se hace por momentos enervante. Ya está todo limpio y el fuego sagrado del hogar está encendido. Esperaré, tengo tiempo... mucho tiempo. Las llamas, que contemplo distraída, de pronto me recuerdan algo. Sí, ya sé, tenía que encender una vela para que se consuma delante de... ¿delante de quién? [24] [25]

Te quiero mucho, y estamos vivas

A Esther Ballestreno de Careaga

y Ana María Careaga

Es la primera vez que veo la casa con la Santarrita granate, las paredes rosadas y las ventanas con rejas, y sé que alguna vez volveré a ella. Que ya la he habitado, en otro tiempo, en otra vida. Esa imagen me llama desde la revista que acabo de leer en esta triste sala de espera. Es como un choque, un fuego en la boca del estómago, es calor en la cara, en el alma... es como el amor. Siento todo eso y tengo la certeza de que volveremos a juntarnos: la casa y yo.

Tanta fue la alegría que me invadió que casi me puse a reír a carcajadas frente a los otros pacientes discretos y taciturnos. Qué cosa tan curiosa, venir por mis períodos amnésicos y encontrar aquí, sobre la mesa, una parte importante de mi vida, emergiendo del mar de la memoria, brillante, nítida y tan deseada como la Atlántida.

Arturo debió notar algo, quizá por mi expresión de felicidad, de satisfacción, y me interroga levantando las cejas.

Mi mano derecha le dice: nada, no pasa nada, no te preocupes, todo está en orden. Vuelve a tranquilizarse y continúa leyendo.

Es tan fácil conformarlo, sólo su acostumbrada ración de orden y nada más. Sin alteraciones al «orden establecido» como le gusta decir.

Debe ser difícil para él envejecer al lado de una mujer que se olvida de todo, que guarda tan bien las pequeñas cosas -para no perderlas-, que [26] por ese mismo empeño, las pierde. Me suele mirar como un huérfano cuando no puedo dar con el recibo de la luz... o con la llave del ropero. La llave siempre me trae problemas. Sé bien que la criada tiene la costumbre de hurgar en todas partes y de revolverlo todo. Por eso me esmero en idear los

escondites más raros para ocultar esa llave que custodia objetos tan simples como pañuelos y tan importante como la libreta de casamiento, con mi nombre prestado. Prestado, pero nombre al fin. Después, con la prisa de la búsqueda me enredo y tengo que sentarme a pensar y pensar, hasta recordar en qué rincón la escondí. Es una vieja costumbre. En el orfelinato también me olvidaba de las cosas.

La llave de la otra casa, de ésa que fue mía, es grande, de hierro, y se coloca en un clavo, bajo el llamador. La enredadera la tapa y nadie que no conozca el secreto puede entrar. A mí me lo contó mi madre. Yo podré atravesar el umbral que custodia esa puerta grande de un color verde tan intenso, que estoy segura, nunca veré otro igual. También los postigos cerrados son de ese tono, mi madre me decía que los dejaban así con la sala a oscuras para mantener fresco el aire de adentro. Hasta puedo adivinar la sensación de pisar el húmedo piso de ladrillos de esa habitación en penumbras, el roce de la tela de los muebles gastados y acogedores, sencillos, usados, vividos y queridos.

Arturo y yo tenemos sillones de madera clara, bien lustrados, sin un roce, sin huella de otras presencias anteriores. Son muebles sin pasado, como yo.

En la casa de la fotografía, en la que estoy recobrando, cada rincón tiene su magia, y el eco de las voces de gente de otros tiempos permanece suspendido entre el piso y las tejuelas desteñidas. En el patio de atrás, me espera la parralera de uvas blancas que desaparecen en el sol del invierno, en esos días de frío cuando mi madre y mi abuela se calentaban al calor del brasero.

Había tanto color, tanta luz allá. Esa luz especial para iluminar los recuerdos, aunque algunos no sean tan luminosos. Como esos de las zonas de tremenda oscuridad, de sufrimiento, como si me hubiesen cubierto con una capucha que me impidiera ver las caras de los que nos torturan. Esas visiones, esos sufrimientos, ya no me persiguen. Hubo un [27] tiempo en el que no podía vivir sin ellos. Aún odiándolos eran los únicos lazos que me unían a ella, a su voz. A la voz de mi madre tranquilizándome, hablándome muy bajito, acariciándome con sus palabras. Todas las noches me decía cosas cariñosas, por más lastimada y dolorida que estuviera. «Voy a llamarte Esther, como se llamaba mi madre. Estamos juntas, somos fuertes. Te quiero mucho. No importa la oscuridad de ahora, hay mucha luz en nuestra casa. En Asunción siempre hay luz y estaremos allí dentro de poco». Su voz apagaba el dolor, ahuyentaba el miedo y es, ahora, con mi corazón galopando hacia el norte, cuando describro el mensaje de su arrullo. Ahora comprendo por qué siempre me sentí extranjera en esta ciudad gris, de puerto sucio y poderoso.

Extraño la luz, el calor de Asunción, como extraño el nido líquido y tibio del vientre de mi madre, donde me refugiaba en sus noches de prisión. Asunción, ahora lo sé, es la ciudad donde está mi casa. Mi madre me lo decía cuando, para opacar el hedor de las celdas, me hablaba de las ropas tendidas en patios amplios, ondeando al viento su canción de libertad.

Sus palabras vuelven hoy a mí, tan nítidas como los borbotones de sangre que se agolpan en mi cuello. «Cuando nazcas, hija mía, volveremos a la casa». Me apretaba fuerte y me repetía sin cansancio: «Te quiero mucho y estamos vivas».

Ésta, la de la foto, es la casa prometida. Me espera, tengo que irme.

Ahora sé quién soy y de dónde vengo, sé la historia que me inventaron, el pasado que me prestaron, todo, todo lo que siempre olvidaba para poder recordar mejor.

Qué sorpresa se va a llevar Arturo cuando sepa quién es su mujer. ¿Y el doctor? ¿Qué cara va a poner? ¿Qué responderá cuando le diga que estoy curada, que todo volvió a mí, que ya no importarán los olvidos cotidianos porque recuperaré algo que había perdido hace mucho tiempo? Mi identidad. Yo soy Esther, hija de Ana María y nieta de Esther. Ya no necesito ningún tratamiento. Estoy de alta. Voy a mi casa. [28] [29]

María-Magdalena-María

Tomó mi mano y entramos juntos. La habitación estaba en penumbras. Un solo mueble, el sofá, y hacia él fuimos. Era una sala extraña, vacía...

Me tomó fuertemente de las manos y me invitó a entrar. Yo no quería. Accedí finalmente y pasamos a una sala semivacía con un sofá destacándose en el centro. En el piso una lámpara pequeña estaba encendida para dar intimidad. El tapizado del sofá era áspero y sentía en mis muslos como arena. Estaba insegura, incómoda...

Me obligó a entrar cuando notó que yo tenía miedo. Nunca había estado sola con un hombre antes. Pero no pude evitarlo y cuando empezó a caminar hacia el sofá, dándome la mano, me sentí perdida. Sus besos y sus abrazos fueron más y más apasionados, no podía escapar. El sofá era estrecho y me apretaba, toda mi piel me apretaba...

Me empujó dentro de la habitación. Yo estaba aterrorizada. Sola con un desconocido, en un cuarto extraño que tenía un sofá en el centro y un velador que apenas iluminaba. Le supliqué que me dejara salir. De pronto sentí sus besos, cada vez más apremiantes y mis pezones cada vez [30] más ansiosos. No quería acariciarlo, su piel era oscura como la noche, cálida, suave. Me recostó y cerré los ojos. Ni siquiera traté de impedirlo. Bajo mi espalda la arena de la tela y sobre mi vientre una marea pesada, subiendo, bajando, subiendo, bajando...

¿Cómo iba a presentir que este animal me atacaría? Yo caminaba tranquila y él me asaltó, me obligó a seguirlo. Apuntándome con un arma me introdujo a un cuartito casi vacío, me abofeteó y cuando dejé de llorar vi el sofá. Su voz era un rugido, me arrancó la ropa a zarpazos. Era un loco, una fiera y su olor me embriagaba. Me arrastró y no tuvo piedad de mis ruegos. Fue como una tormenta que arrasó todo. Y después, la calma.

¡Ay qué serenidad! ¡Ay pasión! ¡Ay amor!

Besé hasta el último centímetro de su piel marina y lamí sus cordilleras dulces, fingí morir de placer, abandonarme al amor.

Cuando quedó dormido tomé el arma y lo maté...

Sí señores, no sé de qué se asombran. Me había deshonrado. Yo soy María y apenas tengo 15 años. Arruinó mi vida. Fue tan brutal conmigo, acabó con todos mis sueños y empezó con mis deseos. No es verdad que lo hice por venganza, nunca lo había visto antes. No fui su amante ni su concubina.

Soy joven y estoy manchada, me robó la pureza, mi tesoro más preciado.

Soy María y era virgen ¿es que no comprenden? ¿Por qué me miran así? ¿De dónde han sacado que él iba abandonarme porque estoy vieja, porque estoy horrible?

Vieja es ella, Magdalena, su mujer, la que nos perseguía siempre. Yo lo maté porque jugó conmigo. No soy la asesina, soy la víctima.

¿Quién iba a quererme después?

DESHONRADA.

MARCHITA.

ROTA.

FLOJA.

PÁLIDA. [31]

QUIETA.

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

¿Qué hombre compartiría conmigo aquel sofá si yo quedaba sola?

Tuve que matarlo, él era culpable de la caída de María y de la locura de Magdalena...

Tomó mi mano con suavidad, entramos junto a la habitación poco iluminada. Pude distinguir el sofá, era el único mueble... [32] [33]

El día de las locas

-¡Patrona! ¡La Margarita se asomó!

La voz de Doris, penetrante, llegó hasta doña Lucía, que increíblemente ágil, se levantó de su mecedora de mimbre y corrió hasta la puerta principal.

Allí, apenas sacando la cabeza, estaba Margarita. Eran las tres y el calor reverberaba en las calles de tierra. Sobre el arenal podían verse espejismos.

Doña Lucía no necesitaba gritar para hacerse temer, le bastaba mirar fijamente con sus terribles ojos de lechuza. La pupila cerró la puerta y atravesó el salón todavía a oscuras y con olor a humedad.

-Andá a preparar el clericó y no aparezcas hasta que te llame.

En el altillo comenzaban los quejidos de Irma, exactamente a las tres del 30 de junio. ¿Cómo podía saber ella la fecha? ¿Qué secretos resortes de su mente funcionaban todavía?

Daba mucho trabajo bañarla y vestirla. Siempre había sido robusta y ahora, en su madurez virginal, el peso de la locura se aposentaba en sus carnes aún bellas. Prometía portarse bien y no hacer escándalos. Aurora y Nilsa la vestían y la peinaban con un estilo soso, anticuado. Vestidos cerrados y grises, cabellos tirantes y boca sin una pizca de rouge. De nada valía, nunca faltaba un minero atrevido que en el medio de la confusión de la noche la sacaba a bailar. Ella se mordía los labios para enrojecerlos y se pellizcaba las mejillas con el mismo fin. Nadie sospechaba que Doris le había enseñado esos trucos. Sus ojos negros [34] brillaban demenciales y hablaba con los gestos de sus manos. Cuando su madre se sentía tierna solía decir: «Mi niña tiene las manos como palomas».

A las cuatro, Aurora dejó adormecida a Irma en la hamaca. La apaciguaba cantándole viejas canciones aprendidas de su abuela. Irma se convertía así en su hija grande, en ella podía volcar toda la ternura que guardó para el que murió. A pesar de su tremendo peso, la sentaba sobre sus rodillas y le hablaba como a una criatura. Aurora era la niñera perfecta, jugaba a las escondidas, a las prendas, a las rondas. Nilsa las secundaba. El altillo del burdel era durante veintinueve días: escuela, teatro, jardín... todo lo que la imaginación de las tres mujeres quisiera.

Doña Lucía permitía que su hija intimara con ellas porque las sabía distintas. Las tres eran mansas y las hermanaba el sufrimiento.

Aurora era la flor de la casa, la más apetecida. Ni con tantos años encima su piel de leche y rosas se marchitaba y a la luz de los candiles brillaba como seda de la China. El cabello rubio daba un aura angelical a su rostro y nada en la expresión de su mirada hacía sospechar que estaba irremediablemente loca. Era una espléndida mujer.

Nilsa tenía en cambio el encanto de la púber. Pequeña de huesos, con hoyuelos que hacían menos tonta su sonrisa, se dejaba usar sin protestas. Durante muchos años doña Lucía la había obligado a vestirse de colegiala y sólo gozaban de ella los hacendados que cruzaban el pueblo. Después de la tragedia doña Lucía no le prestó más atención y es así

que Nilsa cada 30 se mezclaba con las chicas y atendía a los mineros sudorosos y aterrados. En ocasiones su risa sin motivo los irritaba y la golpeaban, descargando en ella la furia acumulada en los túneles. Pocos se daban cuenta de que nunca hablaba y que sus ojos siempre miraban al cielo, buscando un arco iris invisible.

Las otras eran comunes, Alicia las capitaneaba. Mabel, Sara, Emilia y Margarita parecían copias borrosas en tono sepia de las indias que poblaban las montañas.

Se arrinconaban en el salón, contra la pared del espejo manchado, que gritaba con el empapelado suelto, su vejez y su hastío. Los farolitos alumbraban las siluetas cuadradas, silenciosas, con los rostros pintarrajeados, [35] con enormes bocas sangrantes cual heridas que cruzaban las caras blancas a fuerza de polvos. Aplastaban el flequillo que despedía aroma de aceite barato. Todas vestían de rosa, en telas burdas que resaltaban sobre el tono cobrizo de los escotes. Se veían las rodillas gruesas y ásperas. Pocas aguantaban los zapatos toda la noche, no bien la oscuridad doblaba el recodo de la madrugada, los dejaban en el piso y las parejas, solemnes, los pisoteaban.

Doña Lucía, o «madam», como había sido llamada en otros tiempos no perdía de vista los cuartos del fondo. Ninguno de esos borrachos podía pasar de los quince minutos. Su dormitorio se reservaba para el ingeniero que llegaba bañado y ebrio, pasada la medianoche. Hacía el amor con Aurora y dormía hasta el día siguiente.

Doris controlaba a Irma. Cuando ella quería escapar por la parte rota del cercado, la denunciaba y la encerraban.

Desde aquel día inolvidable para todos, el burdel sólo podía operar un día al mes, el 30. Al sonar la última sirena de la mina, los hombres corrían a las bocas de los socavones. ¡El 30! ¡El 30!, era el grito de todas las gargantas. Hasta los viejos desdentados recobraban algo de su entusiasmo.

Los dedos entumecidos por el frío, los ojos desacostumbrados a la luz los hacía parecerse a topos desorientados huyendo de la madriguera.

Una fila de trabajadores que blasfemaban y hacían proyectos marcaba el inicio del atardecer. El cajero también se apresuraba para llegar primero a yacer con Alicia.

Las ventanas de todas las casas se cerraban a las cinco y las lámparas de la taberna se llenaban con kerosene.

Estaba prohibido vender bebidas alcohólicas en el prostíbulo, pero Doris se ingeniaba para fabricar un licor de mandarinas que mezclaba con alcohol medicinal. Al cabo de unas copas se encontraban tan embriagados que pocos recordaban si ya habían cumplido con el deseo que los llevó hasta la casa de las locas. Eran remedos de hombres, cáscaras gastadas con callos en el alma. Perdidos ya los sueños y simulando vivir en tanto realizaban lo que hacían los otros, los hombres de la luz, los de la superficie. [36]

.....

La tarde era muy ardiente, casi tanto como la piel de Irma. No podía sofocar su corazón y el sudor se secaba apenas salía de sus poros invisibles.

Leandro la esperaba a las 3 en el viejo establo... apenas mamá duerma me escapo... nadie tiene que darse cuenta... ni su abuelo el poderoso Patiño... el que se cree dueño de la mina, del almacén, del burdel... de todas nosotras... Leandro y yo no, no somos de él... me quiere a pesar de ellas, sabe que soy virgen para él... su abuelo me desprecia pero no podrá separarnos... ya voy amor mío... ya voy.

.....

Margarita fumaba sentada frente a la cama de Irma, quien deliraba recordando la tarde del incendio. Alicia cambiaba los paños fríos y los colocaba sobre la frente de la doncella marchita que se retorció como si el humo todavía la ahogaba.

-Déjenme entrar... él está ahí, me espera... Leandro mi amor... déjenme... quiero entrar...

Una bofetada de Margarita la calmaba y continuaba llorando silenciosamente.

Unos mineros habían descubierto el lugar de las citas de los amantes y juraron vengarse del viejo Patiño quitándole lo que más quería. El incendio del establo fue un castigo que lo volvió más cruel. Cuando su nieto murió carbonizado, detuvo el tiempo. Nadie podía entrar ni salir del pueblo. Nadie podía morir ni nacer. No mató a los asesinos, los condenó a trabajar para siempre. Las prostitutas maduraron a la sombra de las paredes y de las puertas siempre cerradas del caserón que sólo se abría una vez al mes. Repetían siempre la misma escena, los mismos cuerpos, iguales movimientos cada vez más lentos.

Con el correr de los años todo se convirtió en una caricatura. Los vestidos fueron quedando grandes, colgaban de los hombros huesudos, la piel de las mujeres bordaba filigranas de arrugas que el carmín no [37] disimulaba y los hombres, esqueletos que fumaban, no notaban nada, estaban casi ciegos.

El burdel abría cada 30, y cada 30, las mujeres se alborotaban y seguirían alborotándose en tanto hubiese un día 30 en el almanaque. [38] [39]

Me toleran vivir

Me toleran vivir loca de vida, pero nada más que eso. Me doy cuenta de la indiferencia. Sin embargo he tenido ya mis pequeñas victorias. Pese a que Catalina y Juanita no dicen nada cuando traigo las orquídeas frescas cayendo en cascada entre mis bucles teñidos de naranja, he visto que bajan sus pestañas como las persianas de los comercios en domingo.

Eso es señal de que las notaron, que sintieron el perfume sensual. Hasta me pareció ver cómo fruncían sus narices frías.

Otra señal de que estoy viva fue escuchar al ordenanza Romero silbando la Marsellesa, muy bajito, pero lo oí. Yo la canto con toda mi voz a la hora de salida. También González, el encargado de la limpieza, me dio su reconocimiento pellizcándome el trasero en la kichinette. Estoy bien viva y no pueden dejar de tolerarme.

Ayer envié mis primeros pedidos a la central, pero son realmente mis pedidos, porque en la primera semana me limité a solicitar lo de costumbre: algún trapo para limpiar el piso, plumas de ganso y tinta china para mis compañeras. Me encanta escribir en mi máquina eléctrica, poner muchas gracias con cinco eses finales. Y, el último toque, sellar con los tres sellos que me dan categoría. Porque tienen que aceptar que soy la ENCARGADA GENERAL DE SOLICITUDES A LA CENTRAL.

Ellas no tienen un cargo tan rimbombante a pesar de su antigüedad. En ocasiones me dicen que son las decanas. Yo las llamo las vetustas, por no decir las momias.

Mis pedidos de ayer van a causar cierta sorpresa en la central, [40] sobre todo cuando lean que necesito tres jarrones de porcelana y tres ramos de crisantemos, uno para cada una. El blanco y el amarillo para ellas, el anaranjado para mí, que soy la alegría de vivir.

También pedí un biombo chino, para poder concentrarme en mi trabajo: el silencio y la tranquilidad me distraen demasiado. Y, súper importante, un tablero Ouija, éste es el sitio ideal para jugar con él.

Debe confesar que estoy un poco preocupada, esta mañana se realizó una marcha por la vida. Los manifestantes cantaban en la otra esquina y de pronto las sirenas y los gritos interrumpieron esos cánticos. También interrumpió Juanita nuestro «coloquio» con González, eso por llamar de alguna manera lo que estábamos haciendo. Cuando vi que él se dirigía al cuartito donde prepara el café fui yo también allí. Estábamos en lo mejor cuando se le ocurrió entrar a la Juana. No hubo forma de disimular. Me bajé la pollera y González se dio vuelta y quedó con el culo al aire.

Yo volví a mi escritorio. Ella me miró con interés, por vez primera, y me espetó: «tendré que informar».

Por eso no dejé mi máquina ni un minuto desde entonces. Sé muy bien que en la central sólo atienden la correspondencia escrita a máquina. Y con los sellos. Argumenté que tengo muchos expedientes atrasados y que debería quedarme a trabajar hasta un poco más tarde. No dijeron nada, me miraron despectivamente.

Son tan malagradecidas. Antes de ir junto a González les pregunté si querían algo. Movieron siete veces la cabeza de izquierda a derecha. Les ofrecí jugos, linfa, savia. No querían nada. Nada, salvo descubrirme con lo que me da González.

Se fueron las dos, a las seis, como todas las tardes. No me saludaron. Tomaron sus sombrillas y emprendieron camino hacia la avenida sombreada de cipreses.

Ahora estamos solos González y yo. Él trajo una cerveza y la bebe lentamente saboreándola. No me convida, ignora que en un tiempo me gustaba mucho la cerveza. Se acerca el momento del placer. Es tan increíble lo nuestro. Hasta ahora nadie se había dado cuenta de que soy la pasión del sereno. Él sabe que me gusta todo lo que me hace, aunque yo no hable ni me mueva. [41]

Se acerca (apagó el aire acondicionado hace rato) y ya estoy tibia. Me acuesta en la mesa de mármol. Es como todas las noches. Después me guardará en mi gaveta hasta mañana por la noche, cuando estemos nuevamente solos. Hasta entonces seguiré viviendo la tremenda locura de estar viva por el resto de mi muerte. [42] [43]

No te metas

Romilio partió a las siete y treinta, se despidió con un portazo y con una recomendación.

-No salgas a ningún lado.

Clara comenzó a limpiar el departamento, pero al cabo de media hora se dijo que era una zonza, ¿quién iba a venir? No tenía amigas ni parientes. Largó el escobillón y se sentó a comer bombones que con mucha astucia había ocultado en su costurero.

La semana pasó demasiado rápida para su gusto.

Durmió sola en la inmensa cama, dejó de bañarse, de madrugar inútilmente. Escuchó cumbias y más cumbias e infinidad de boleros empalagosos. No apagó la pequeña radio a transistores ni una sola vez.

Pero lo mejor fueron las tardes. Qué festín de telenovelas, de anuncios comerciales, de consejos para el hogar, de películas azules de tan viejas o de filmes violentos abundantes en escenas sangrientas o llenos de situaciones escabrosas.

El viernes por la noche se maquilló como una buscona, pero al cerrar la ventana tuvo frío y por último recordando las palabras de su esposo, resolvió acostarse para ver la película de terror cómodamente.

El día siguiente amaneció lluvioso y con fuertes vientos.

Clara no se podía levantar, una modorra enervante la retenía en su lecho. No le importaba que éste fuese un muestrario de envolturas de caramelos, de cáscaras de frutas, de sábanas sucias... ni que despidiera vahos desagradables. [44]

El dormitorio daba asco... expresión favorita de Romilio, fanático de la limpieza.

Finalmente se incorporó y antes de calzarse las inmensas chinelas de su esposo, descubrió que le había crecido un musgo verde bajo las uñas de los pies.

Con una botella de anís en la mano fue hasta el baño a enjuagarse la boca y comenzó a reír al ver su rostro con restos de afeites corridos.

Trató de darse valor. Romilio regresaría y si encontraba en ese estado su casa y su esposa, la paliza sería inolvidable.

Abrió las persianas del balcón y ni se inmutó al descubrir que se habían secado los malvones y que el canario estaba muerto.

Se asomó y vio que mujeres con criaturas en los brazos y bultos en las cabezas corrían hacia el sur, las seguían hombres afanados en cargar sus pertenencias como si fueran caracoles atemorizados. Su vecino de enfrente, el gestor de créditos y despachante de aduanas, quemaba papeles en la chimenea de su mansión mientras su hijo destrozaba el retrato de un militar adusto.

No se le ocurrió preguntar qué pasaba. Estaba acostumbrada a sepultar sus preguntas.

En los primeros años de casada quiso saber por qué Romilio traía, a veces, sangre y cabellos pegados a las suelas de los zapatos, quiso saber por qué solía trabajar de noche o bien no cumplía horarios normales, por qué usaba un arma y por qué tenía esas pesadillas que lo atormentaban.

La boca rota por una trompada, tres dientes menos y los sabios consejos de su finada madre: «NO TE METAS», concluyeron por hacerla una mujer discreta y sumisa. Sobre todo muy discreta.

Romilio era un hombre de pocas palabras, pero le daba un techo seguro, alimentos y un amor animal y semanal.

También, lo más importante, le había comprado un televisor a colores que se convirtió en su tótem.

Lo encendía despacito mientras él dormía, se sentía heroína de todas las historias de amor, reía con los chistes chabacanos de hombres desconocidos, en fin vivía. [45]

Lo pensó bien y se dio cuenta que ya habían pasado tres días de la fecha marcada por Romilio para el retorno. Bueno, a lo mejor surgió uno de esos cursos misteriosos que él solía tener. Clara nunca supo de qué se trataba, Romilio dejaba la heladera llena y se marchaba diciendo siempre lo mismo:

-NO SALGAS A NINGÚN LADO.

Ésta era la primera vez que Clara no cumplía con la rutina de limpieza y entretenimientos y también la primera vez que Romilio no regresaba a tiempo.

En la cocina las lauchitas conversaban alegremente, las cucarachas inspeccionaban los platos sucios del fregadero y una zanahoria se resecaba solitaria en la heladera.

Clara tomó un recipiente de plástico y cerró la puerta decidida a no volver a entrar a ese zoo doméstico. Recordaba vagamente que Romilio odiaba los animales y ella los temía.

Sentada en el sofá, masticando galletitas rancias, trataba de dormir. No había ni un programa decente en los dos canales, sólo transmitían la señal y música clásica.

Desde el día anterior las programaciones eran interrumpidas para pasar comunicadas, pero ella había aprovechado esos momentos para mirar las fotografías del álbum.

Cansada ya, encendió la radio y se encontró con una cadena de conciertos y la voz grave de un locutor que decía:

-Reina la paz en toda la República.

Aburrida hasta la náusea tiró el recipiente vacío y comenzó a sacarse con mucha paciencia, las delgadas membranas azules que envolvían sus brazos.

Parecían algas y volaban hacia el techo una vez desprendidas. Desnudos sus brazos, siguió con sus muslos, que le inspiraron ternura al verlos tan abandonados, tan fríos.

Las lagartijas curiosas se acercaron casi hasta tocarla... y en ese instante sonaron los golpes. Abrió apenas la mirilla y pudo ver al portero que hacía gestos desesperados. Al cabo de un momento la cerró y quedó pensativa. ¿Escapar adónde y por qué? Mejor no preguntar, mejor no meterse. [46]

El alba se adelantó en el resplandor de los incendios. La luz rosada entraba atravesando los vidrios y los jirones de las cortinas. Grandes y orgullosos gatos se paseaban sobre la alfombra hedionda de orines.

Clara esperaba sumisa como siempre, tenía muchos nuevos amigos para entretenerse hasta que Romilio volviera. Uno de ellos se dejaba acariciar recostado indolentemente en su regazo. [47]

Final feliz

El tiempo está horrible. La llovizna cae implacable. La gente está apurada y usa sus paraguas como escudos, tratando de pinchar con las filosas puntas de metal a enemigos invisibles, como en una guerra multicolor de samurais.

Son hombres y mujeres que se apretujan mojados, esperan los ómnibus o entran a los comercios a preguntar precios.

Ella camina desde hace horas y no siente su cabello empapado, ni que su blusa, tan hermosa, que estrenó esa tarde para él, ahora es un pingajo. Se volvió transparente y sus pezones parecen reventar a través del nylon.

Camina y espera. ¿Espera qué? Aprieta la esquila entre sus manos y mira sin ver. Odia, odia a todo el mundo, intensamente. Si tuviera una pistola hubiera hecho una masacre. Se hubiese parado con las piernas abiertas, sujetándola bien, apuntando a los ojos, directamente entre ceja y ceja, para destruir, para asesinar a las vendedoras de ojos oblicuos, a las amas de casa con bolsones llenos, a los niños harapientos que corretean descalzos, a los indios que ofrecen plumas y abalorios, a los perros callejeros, a los vendedores de chipá, a los choferes que la salpican.

¿Por qué odia tanto, si hasta hace unas horas estaba enamorada? Ella sabe muy bien por qué. En ese pedazo de papel, estrujado, están escritas las malditas palabras que aprendió de memoria. Aún la hieren. «Perdoname querida, lo nuestro terminó. Mi señora espera familia. Que tengas suerte». [48]

«Perdoname querida», «perdoname querida», ¿es que se puede perdonar algo así? Como la princesa de los cuentos, durmió durante más de treinta años, hasta que él la despertó con una caricia en los cabellos, con un roce en las manos, con una sonrisa, con una invitación a una confitería.

«Lo nuestro terminó». ¿Qué fue lo nuestro? Unas pocas citas fugaces, apenas unas horas robadas. Ahora se da cuenta, ve claro. Él la esperaba en el coche, en la calle en penumbras. Subía y se iban apurados. Después volvían, ella con las entrañas frías y él relajado. Eso era «lo nuestro».

Da vueltas mil veces por la misma calle. Los negocios están abigarrados, llenos de mercaderías inútiles. Esta parte del centro le había desagradado. De pronto se fija en los escaparates: hay zapatos con las medias sueltas rotas, camisas con las axilas gastadas, dentaduras usadas, jergones de paja manchados con orines ajenos. Los letreros ofrecen con letras gigantescas: SALDOS, GRANDES SALDOS. TERROR EN PRECIOS.

También se exhiben pantalones para obreros con rodilleras de cuero bien gruesas para que no se gasten muy rápidamente de tanto agacharse y arrastrarse.

Sigue caminando. Las personas entran en los tétricos locales, algunos para guarecerse, y ella no quiere, ni siquiera tiene ganas, no ya de matar a nadie, sino de denunciar al muchacho barbado que está robando una muleta.

«Mi señora espera familia». Cómo desprecia a las mujeres que esperan familia. ¿Acaso no esperó tenerla algún día también? Claro, ella es diferente, todavía no tiene ni un latido. Pero sabe, que ésas que pasean orondas con sus cuerpos pletóricos, la miran con soberbia. Sus vientres, llenos de movimientos y calor, habían sido colmados como el suyo, con la misma savia, pero sus entrañas no fructificaron.

Algunas, seguramente, estarían recogidas en sus casas tejiendo mantillones, cosiendo batitas, bordando sábanas y fundas. Otras amasarían cunitas de barro y prepararían el colchón relleno con helechos e ilusión para hacerlo más mullido. Pondrían en ellas a niños marrones como la tierra. Ésas también la hacen morir de envidia. [49]

«Lo nuestro terminó». Qué palabras tan cursis, parecen de telenovela. Ésas son las que se utilizan cuando alguien se despide de su amante, de su querida, y ella ni siquiera llegó a esa categoría. Para él no tenía ninguna importancia; y sin embargo se sentía verdaderamente mujer cuando estaba a su lado. Lo amaba. Se enamoró como una adolescente... a sus años. Él fue el primero y supo por fin por qué gimen y suspiran las mujeres. Conoció el placer, el dolor, toda su piel era poca para contener la sensibilidad que brotaba.

Recordaba y se enfureció. De pronto se encuentra golpeando a un maniquí de goma, rodeada de gente que la miraban asombrada y de una chica que le preguntaba: ¿Qué le pasa señora? ¿Se siente mal?

No, no se siente mal, está muerta y quiere que todos mueran. Continúa caminando, siente que alguien la sigue desde varias cuerdas atrás. Tiene un piloto azul y su cara es viscosa, no se distinguen los rasgos. Pero a veces, cuando ella se detiene para mirar en una vidriera algún peine sin dientes, él se acerca demasiado, ella sabe que está allí.

¿Sería casado también? Parece un engendro de la lluvia, algo gelatinoso. Pasa un coche que la salpica, la llena de barro, le mancha la blusa y él saca un pañuelo para secarla. La toma del brazo, ella no dice nada. Sin mirarlo y sin palabras pregunta: ¿Es casado?

La empuja precipitadamente hacia un pasillo oscuro, largo. En la entrada está un letrero: «Residencial Dolly». El nombre le recuerda su adolescencia, las novelitas románticas.

Él aprieta su cintura con algo parecido a una membrana y comienza a caminar por el corredor infinito. Durante ese viaje interminable ella inquiere sin hablar: «¿Es casado? ¿Es casado? ¿Es casado?»

Él le da unos besos húmedos en el cuello, le palpa los senos, y ella no puede ver su rostro. Cuando termina el largo túnel, desembocan en una curva llena de puertas, es una pared que forma un semicírculo. En cada una de ellas hay números no correlativos, quizás sean cabalísticos: 777, 1319, 666...

Golpean, se enciende una luz roja, y siguen su camino. Le parece que han pasado horas y horas así, hasta que llegan al final sin encontrar una habitación desocupada. Súbitamente se abre una de las puertas, la [50] 314. Entran. Todo el cuarto está tapizado de rojo. La alfombra, las paredes y hasta la cama con dosel, ostentan unos paños de color lacerante y lascivo. Todo es antiquísimo. La colcha y los cortinados de pana con grandes agujeros demuestran que las ratas se han dado un festín.

Ella se queda mirando, de pie, y se dice: «Qué más da, tengo que apagar este fuego... o quizás estoy helada y necesito el calor de un hombre». Se desviste y como en el poema caen sus refajos, sus vestidos, sus polleras, sus corpiños... Luego se acuesta.

Entre tanto él continúa atento y en silencio. Bajo la luz azulada ella puede ver, que sobre las cejas tiene algo que parecen ser cuernitos. Su piel es semitransparente y se asemejan a los camarones. Pero no le importa, nada importa ya y sigue aguardando en silencio.

Está totalmente desnuda y percibe que ocurre algo muy extraño. De él emana una nube que le hace sentir un cosquilleo placentero al aproximarse. Se acerca lentamente y cuando ya está casi por cubrirla ella se atreve por fin a preguntar:

-¿Es casado?

No recibe respuesta. Siente que él se arrastra desde la punta de sus pies, que llega a sus rodillas, que luego sus piernas soportan el peso leve, y cuando está abrumada por eso tibio, suave, siente un gran alivio. Está abrigada y cobijada, nunca más estará sola.

No comienzan los movimientos rituales del acto de amor. No hacen falta. Ella llegó a puerto. [51]

Como si nada

Lo vio entrar con el mismo paso seguro de siempre, de todos los días. La miró interrogante, ella agregó un plato y cubiertos a la mesa y lo saludó como si nada. Los hijos en cambio lo apretaron en abrazos emocionados, el mayor de ellos tuvo brillo de lágrimas que no llegaron a caer. Lo sirvió con manos temblorosas y comieron en la galería donde el sol de junio entibiaba las baldosas. En silencio ella recordaba sus ruegos a la Virgen, las noches de soledad, su hambre de caricias, la angustia... pero todo volvería a ser como antes... como si nada.

Cuando quedaron solos, él se dirigió al dormitorio, sabiendo que ella lo seguiría dócil como siempre. Encontró sin ayuda su pijama, sus zapatillas y el periódico. Entre tanto ella revisaba las ropas sucias de la valija que él había dejado a la entrada del corredor. Camisas sucias, iguales a las que solía traer de sus largos viajes, sacos y pantalones gastados, y un olor extraño que se le había pegado a la piel, le contaban historias donde ella sobraba. Eran prendas rescatadas del tiempo de abandono, quería quemarlas en una hoguera, pero sin embargo, sabía que terminaría por lavarlas, como si nada.

Al entrar, lo vio desnudo a la luz de las rendijas de la persiana, más bronceado, más músculos que carne, era otro y era él. La aguardaba con un desafío en la mirada y, sin pronunciar palabras, la llevó a la cama. Ella lo dejó hacer, regodeándose en las telarañas que día a día ganaban la batalla que mantenía por la limpieza de sus techos. Las arañas eran persistentes, tejían y tejían, esperando un milagro, como ella. [52]

Oyó los trinos de la siesta, de los gorriones que picoteaban los platos abandonados... como ella.

Sus movimientos frenéticos hicieron que recordara las palabras del trato: «Podemos casarnos, no pienses en fiestas, vamos al juzgado y listo. No me gustan los firuletes. Hacerlo que pensaba pedirte, sos guapa y callada como a mí me gustan. Podés avisarle a tu madre si querés. La vieja va a bailar en una pata cuando sepa que por fin vamos a formalizar».

Era un contrato de por vida, con pausas más o menos largas para él. Los hijos, la casa, eslabones de una cadena tan fuerte como invisible. Que no podía dejar de vivir atada a esa cadena lo supo cuando él se fue: la angustia ocupó el lugar de aire que él dejó.

Ahora siente que todo es igual y diferente, ahora ella piensa y siente, antes sólo sentía. Permanece quieta, escuchando sus propias voces, dejándolo agotarse en el esfuerzo, asistiendo a su impotencia por lograr conoverla. Él está indefenso, ella poderosa, se terminaron los sometimientos. Era éste el mismo que decía: «Todo lo que hay acá es mío, hasta vos, te doy de comer, te compro los zapatos, los trapos... todo es mío».

El patio debe estar lleno de hojas caídas de la parralera, tendría que estar barriéndolas, hay ropas para lavar, ahora habrá más trabajo y menos momentos para recordar. ¿Recordar qué? ¿Una juventud imaginada? ¿Ilusiones inventadas, quizás?

«Si vuelve, te juro virgencita que no le voy a preguntar nada, voy a perdonarle todo. No me gusta estar sola; paso horas pensando que soy vieja y fea y que ya nadie va a quererme. Él no es malo, vos sabés virgencita que cuando estaba muy nervioso, me pegaba porque yo era tonta y me acercaba... Si vuelve todo volverá a ser como antes, como si nada». ¿Ésa había sido su voz?

Se da por vencido y cual bestia resopla: «¿Pero qué te pasa? Parecés una muerta, ¿qué forma de recibir a tu marido es ésta? No de balde tuve que tener otras mujeres, por lo visto no aprendiste la lección. ¿No sentís nada? ¡A la pucha! Ni el más gaucho aguantaría acostarse con una mujer como vos». [53]

Los reproches como gotas caen, otra vez los estallidos sin motivo. Otra vez el amo y señor ordenando. Nunca más los atardeceres donde se descubrió, donde se vio mujer valiosa sin deberle nada a nadie. «Qué lástima, virgencita que te pedí este milagro. Voy a ir a Caacupé sin ganas, será la última cosa que haga sin ganas».

-Che, levántate y preparame un café que no me siento bien. Apurate y a ver si aprendés de una vez por todas a portarte como una mujer.

Se vistió sin responder. Lo golpeó con el velador de madera maciza, luego pasó sobre el cuerpo inerte. Caminó hacia la calle sin mirar atrás, como si nada. [54] [55]

El tren de las Luisas

Allí están todas. Esperándome. Felices ante la idea de la excursión, de disfrutar juntas nuevamente, como hacía mucho tiempo no lo hacían.

Lucen muy exóticas en el andén de la vieja estación. Muy elegantes y bien maquilladas, a las 8 de la mañana de un día fresco y soleado. Las chiperas murmuran algo sobre el extraño grupo pero las miran con simpatía. Unos estudiantes bulliciosos cantan y saltan sin prestar atención a mis tías, ni a sus sombreros con flores artificiales.

Son cinco Luisas, mis tías, que heredaron de mi bisabuela el nombre y la gran casona de la calle Benjamín Constant. Entre ellas se llaman cariñosamente por sus sobrenombres: Chela, Kikí, Chingola y Meneca. Sólo Luisa Virginia es Luisa, a secas.

Chela, la más coqueta, estrena hoy un vestido color salmón, con falda amplia y un escote en V que deja ver el nacimiento de sus pechos todavía llenos. Ella es la única que va con la cabeza descubierta, sonriendo con ese gesto del mentón levantado que yo heredé. Tiene el cabello recién teñido de un rubio ceniza y las cejas muy bien delineadas. Siempre fue la más hermosa entre todas las primas y la más optimista. Ella encuentra el lado bueno de todo, hasta cuando suben los impuestos y las otras Luisas se quejan, Chela las convence de que tiene que ser así para que la casa se valore.

Mi madre solía contarme cosas muy lindas de cuando ambas eran jóvenes. «Subíamos las calles con arribada y Chela se cansaba muy rápido, entonces me pedía que la empujara. Y así veníamos desde [56] Benjamín Constant hasta nuestra casa de Humaitá». Chela, quedó sola. Su marido murió, sus hijos se fueron y cuando la soledad comenzó a carcomer su carácter afable, llamó a Kikí para que viviese con ella. Luego de muchas idas y venidas, Luisa Catalina aceptó. La gran casa de la abuela fue llenándose de viudas que volvieron a quererse como cuando eran mozas y se escapaban para ver la matiné del Granados.

Kikí, a pesar del evidente deterioro sufrido luego de su última viudez, está impecable. Su traje de hilo color crudo, con mangas largas y saco totalmente bordado en las solapas, es muy apropiado para un paseo al campo. Probablemente forma parte del vestuario que usaba en su mansión de Pocitos, que había tenido que vender. Alta, delgada, melancólica, lleva sencillos zapatos de tacos bajos, lentes ahumados, labios rojos, una capelina de rafia y unas tremendas ganas de volver a ser feliz, que no oculta bajo el ala de su sombrero. No puede negar su cuna y su alcurnia, elegante para ir a todas partes.

La única que parece un ama de casa rumbo al mercado es Luisa Virginia. Un delantal bordado sobre la blusa y la falda, bien pulcras, eso sí, constituye su identificación con su vocación de servicio para todas las tareas domésticas. No se ha maquillado y conserva la mirada esperanzada e inocente de toda su vida. Mira al final del andén, hacia la luz fuera del túnel, como esperando a alguien, como esperando al Alberto que ya no volverá. Él en persona la trajo hasta Asunción, con la excusa de que tuviera unas vacaciones para recuperarse de la fatiga que la atacó y que la mantenía en un estado de postración. Chela y Kikí la recibieron con toda la ternura que le negaron cuando era niña. Ellas olvidaron que

Luisa siempre fue la prima privilegiada, la que tenía las muñecas más lindas y los vestiditos traídos de Italia. Pudieron comprender que, a pesar de todo, nunca fue una niña feliz.

En lugar de cartera o bolso, de la mano derecha de Luisa, cuelga una pequeña maleta de cuero. Es la famosa valijita que su padre le había comprado en Milán y que la acompaña en todos sus viajes.

No sé cómo supo ella que su equipaje es el más apropiado. Siempre me sorprendió su percepción, su forma de saber las cosas antes que nadie, a pesar de su naturaleza silenciosa e introvertida, o quizás [57] precisamente por esa característica. Sus cabellos, bastante canosos, están recogidos bajo una vincha ancha y, si sonriera, parecería una muchacha.

Luisa es la primera que aprendió que las mujeres están para sufrir. Ella se encarga de mantener limpia la vieja casa, de cuidar al loro centenario que era de mi madre, de regar las plantas del jardín y de lavar con sumo cuidado las blusas de seda de Kikí.

Las otras dos, Luisas, las hermanas Meneca y Chingola, no han cambiado en años. Se han presentado con cómodos zapatos acordonados, polleras anchas y blusas estampadas.

Chingolita, la más baja, tiene una pañoleta de crochet que, seguramente, ella misma tejió. Meneca, combina todo en verde, hasta un sombrero de tela, que le da el mismo aspecto de una voluntaria del Ejército de Salvación preparándose a pasar un día de campo.

Chingola no se casó y vivió cuidando a su madre hasta que murió. Las dos hermanas volvieron a vivir juntas cuando Meneca quedó viuda. A veces, mamá se preguntaba si eran capaces de comportarse como seres humanos, porque se caracterizan por su buena educación, por su contenido enojo, por sus reprimidas pasiones. Son buenas, cumplidas y educadas como las señoritas de antaño. Ellas ocupan el antiguo dormitorio de la abuela Luisa y, aunque tienen la oportunidad de espiar por la persiana cerrada todo lo que ocurre en la calle, jamás lo hacen. Dos o tres veces al año reciben la visita de Toño, el único hijo de Meneca y lo agasajan sin demostrar ninguna tristeza por su desapego, por el abandono que ha hecho de aquellos afectos eternos que por él sienten, Meneca se recibió de licenciada en Filosofía y su diploma le suele recordar sueños sepultados. Lee con mucho interés el diario, página por página, hasta las necrologías y está al tanto de todas las novedades del mundo y de la Asunción, una ciudad que se hizo muy extraña y ruidosa para ella y para todas sus primas.

Chingola teje y borda con manos de hada, fue madrina de todos sus sobrinos y aprendió el ingrato oficio de ser madre suplente. Nunca se queja y continúa la piadosa labor de tejer y destejer su vida, día y noche, incansablemente. [58]

Mis tías menores me quieren mucho y siempre me aseguran que da gusto escuchar mis historias, que sé contarlas. Es cierto, la historia que les conté anoche las convenció y por eso vamos a Areguá. Ellas, creyendo que visitaremos la tumba de mi madre y que pasaremos el resto del día en el viejo hotel San Carlos. Yo, con la esperanza de que no sufran mucho con esta separación, y con la idea de que luego estaré libre para Óscar. Los dos solos para vivir felices, como en las historias de las princesas y de los príncipes.

Ninguna de mis tías sospecha que estoy de novia, ellas piensan que algún día, cuando todas mueran, venderé la casa y entraré a un convento. No tienen malicia, son inocentes como niñas. En realidad, hace tiempo que volvíeron a la infancia.

Cuando le regalé el aparato de televisión a Óscar y les dije a ellas que estaba descompuesto y que no tenía arreglo, no protestaron. Decidieron rezar la novena a la hora en la que antes miraban la telenovela y luego jugar a la escoba de 15 o al culo sucio, juego que siempre pierde Chela, que se tira en la cama estremecida por la risa. Mis tías no salen casi nunca a la calle, salvo para ir a la misa en la Catedral. Vuelven ansiosas por el café con leche Nido, con pan y manteca, único banquete de la semana dietética a la que están condenadas. En la casa queda ya poco de valor. Óscar y yo la hemos revisado hasta sus más recónditos rincones, y, aparte de los rosarios de oro y del televisor, no halló él otra cosa que la casa misma.

Cuando me dio la idea me resistí, pero cuando me dijo, tan seguro, que se iría para siempre, me aterró el futuro que me espera... Me alivié pensando que ellas también han tenido su oportunidad, un hombre en sus vidas, menos Chingolita, pero parece que nunca le hizo falta.

Las otras tías, las Luisas viudas, pueden jugar y olvidarse del presente, porque fueron felices en el pasado. A ninguna le faltó un marido para compartir la cama, para respirar el olor fuerte que despiden, para ser acariciadas y protegidas, para sentirlos sobre ellas respirando muy fuerte. Es injusto que piensen que yo las cuidaré siempre, como una devota sobrina. Soy fea, gorda y también sería pobre si no pudiera vender la casa. [59]

Ya llegó el maquinista. El guarda bien uniformado saluda a tía Kikí y ella responde al saludo como lo hubiera hecho Lady Di. Las Luisas suben al vagón con entusiasmo y comentan que en la calle Sebastián Gaboto vivía Floria, la comadre de la abuela. Se sientan en los asientos del lado de la sombra, en ese vagón semivacío que está fresco, acogedor.

Yo no tengo ganas de hablar y les digo que siento dolor de cabeza. La verdad es que me duele el alma. Aunque Óscar me haya jurado que las hermanas de la Caridad las atenderán bien, que tendrán sus cuartos privados, que cuidarán de su alimentación... tengo el presentimiento de que todo es mentira. Como también siento en mi piel ajada que pronto quedaré muy sola, porque será muy difícil retener a Óscar cuando le dé el dinero de la casa.

Voy a extrañar el perfume francés de Kikí y el ronroneo de la máquina de coser de tía Chela. Voy a añorar la música de la radio de tía Meneca y las plantas se secarán sin los cuidados de tía Luisa. Nadie más va a enjuagarme las sábanas como ella, voy a extrañar su silencio.

Las chispas de la locomotora, que entran por la ventanilla, me dan la excusa necesaria para explicar mis lágrimas. Todas me miran ansiosas, yo soy la guía de la excursión. No puedo llorar, no puedo sentirme mal. Ellas me necesitan.

Voy aclarando los cambios que notan en la ciudad. Dicen que el centro está lleno de autos y que es muy ruidoso. Algunas recuerdan esquinas y otras cuentan que en el parque Caballero vivía una tía muy ancianita.

Estamos llegando al Jardín Botánico y, mirando los grupos de tacuaras, descubro que son muy bellas y muy fuertes. Que se defienden unas a otras, del viento y de las podas, porque están siempre juntas. Muy juntas. Siempre verdes, siempre juntas. Siempre juntas. Siempre juntas... [60] [61]

Encontrar mi lugar

Llegamos a las dos y media de la tarde. El calor era sofocante. Mis hijos no lo notaron, pues para ellos el viaje en tren fue maravilloso. La vieja estación nos recibió bostezando por sus ventanas. En otros tiempos, un jefe uniformado nos hubiera saludado amable, pero ahora nos observaban sus patos, indiferentes.

Salió un mitaí de la fábrica de algodón que quedaba enfrente y lo llamé. Aceptó cargar nuestros bultos y valijas en su carretilla y acompañarnos hasta la casa. María y yo lo seguíamos sudorosas, los chicos trotaban, conformando todos un cortejo pintoresco. No había nadie en la calle principal. Doblamos hacia la izquierda, y luego de una larga caminata, llegamos a pocos metros de la entrada. Ahí el niño se empacó. Comenzó a bajar los bolsones y no pudimos conseguir que entrase hasta el jardín, para llevarlos hasta el corredor. Contestó en un guaraní muy cerrado, que ni siquiera María entendió, y no tuve más remedio que pagarle y despedirlo. La muchacha me ayudó a cargar el equipaje hasta la casa.

Se sentía la frescura que brindaba el mangal, y la paz y la quietud que la circundaban. Saqué de mi cartera una llave enorme y abrí la puerta de estilo francés. No tenía ni una telaraña entre sus vidrios. Sentí ganas de bailar y de reír. ¡Era tan feliz! Pero la mudanza me había excitado, estaba agotada por las discusiones con mi marido, previas a la partida.

Comencé a trabajar para poner las cosas en condiciones. Las horas [62] pasaban y pronto anoecería. Estaba aquí, por fin, después de haber soñado inútilmente durante tantos años con ello, en la antigua casona. Sus columnas doradas por el atardecer me habían enamorado la primera vez que la vi.

Era amarilla, con persianas grises, siempre silenciosa y rodeada por el aura rosada del sol que la hacía aparecer radiante tras el umbrío bosque. Vista desde la calle era hermosa. Perdía en un montón de arbustos y cocoteros que llegaban hasta el lago.

Encendimos las lámparas. Estábamos en una gran sala con baldosas perfectamente dibujadas, pulidas y frías. María llevó una a la cocina, yo me quedé con otra. Me extrañó el silencio y busqué a los niños. Comenzaba a refrescar, los encontré sentados bajo los mangos de cerradas copas, inmóviles, mirando hacia el lago. Los llamé y no me contestaron; al rato estábamos en el cuarto destinado a ellos. Éste y el mío eran los únicos

que conservaban sus muebles, las otras habitaciones estaban vacías. Lucían sus paredes desnudas, con huellas de los cuadros que las habían alegrado.

José María quiso cerrar las persianas pues tenía miedo de la oscuridad que veía a través de los vidrios. Cenamos. María fue a dormir a las dependencias de servicio, que estaban separadas de la casa. Los chicos, muy cansados, ya estaban durmiendo.

Mi dormitorio parecía muy grande para mí sola. La lámpara arrojaba una luz vacilante sobre la cama, colocada bajo la ventana. El lecho de bronce, alto y ancho. Las mesitas de luz, a los costados, eran de madera reluciente con cubiertas de mármol blanco. El ropero, pesado y poderoso, con un gran espejo biselado.

Quise cambiar las sábanas, no me gustaba dormir entre éstas, ajenas. Al retirar la colcha sentí un perfume dulce, enervante. Tuve que recostarme y mi cabeza se hundió en la almohada de plumas. Qué bien estaba. Miraba la noche reflejada en el espejo. Un eucalipto de tronco liso y pulido se destacaba como un árbol lunado. Me sentía segura. Leve.

Algo había a mi alrededor. Parecían pasos de alguien muy liviano. No sé por qué abrí el guardarropas y revolví entre los cajones perfumados con jazmín. Saqué un camisón claro de raso y encaje. Me quedaba [63] perfecto. El espejo me devolvió una imagen bella, era más alta y mi cabello más negro y mi piel más blanca.

Fui a cerrar la puerta principal. Mi silueta se agrandaba en las paredes. Todo esto parecía irreal, fantástico. Lo había soñado hace mucho. Yo, en el lugar de siempre. Sabía cómo eran antes estas habitaciones, conocía al dedillo los muebles, los pesados cortinados, las pinturas, los búcaros. Todo... No era intuición, no era imaginación, era certidumbre.

Mi esposo no vendría esta noche, ni ninguna de las otras. Acordamos pasar las vacaciones por separado. Nosotros aquí, y él solo, pescando en algún lugar del río. Ahora me felicitaba por esta decisión. Acostada en una cama extraña, escuchando valsos que fluían lánguidamente de algún lugar de la casa, por primera vez contemplaba objetivamente mis relaciones con él. Estábamos espiritualmente separados desde hacía muchos años. Éramos cordiales y existía mucho compañerismo y respeto entre nosotros. Pero nuestros sueños y afinidades eran disímiles. Mis gustos, demasiado extravagantes, según él, y los suyos muy prácticos para mí. Yo me había enamorado de la casa, él la detestaba. Eduardo la veía vieja y descascarada. Pero yo creía que éste era su mejor momento, añejada entre los recuerdos que atesoraba, dorándose en el otoño de sus hojas. Solitaria y erguida, esperándome para contarme su historia.

Todas las casas podrían contarnos algo, cosas de sus habitantes, sus alegrías y sus tragedias. Aún aquellas modernas que parecen cubos de vidrio y hormigón, nos cuchichearían sus secretos. Pero ésta era única. Los techos guardaban ecos de antiguas risas y de sonidos de clavicordio. Las puertas conservaban todavía el roce de dedos frágiles y blancos que alguna vez tocaron el arpa. Todo eso era para mí. Mi curiosidad se exacerbaba y presentía que algo me sería revelado. Sólo me faltaba confiar y esperar.

No podía dormir, las tejuelas me observaban desde el techo. Afuera había luna. Derramaba su luz lechosa sobre la tierra, dibujaba blancos senderos entre los arbustos y el pasto húmedo me invitaba a pisarlo. Tenía miedo. Siempre tuve miedo de las noches de luna, pero también tenía unas ganas locas de seguir ese camino. Estuve luchando con los ojos cerrados hasta entrar en los misterios del sueño. [64]

Desperté muy temprano, sobresaltada. No podía recordar nada y estaba ansiosa por conseguirlo. Un desasosiego que venía de las profundidades del subconsciente me alarmaba. Creía recordar vagamente a una mujer implorando.

El sol era despiadado, hacía lucir la habitación vieja, mohosa. Pude notar polvo sobre los muebles, oí rechinar la cama y escuché el canto de los grillos que comían el empapelado. A la luz del día, el camisón se veía amarillento, con una gran mancha que no había visto la noche anterior. Estaba mal lavado y me arrepentí de haberlo usado. ¿De quién sería? El dueño actual de la casa era un solterón que nunca la había ocupado... Quizás alguna ocupante anterior lo había olvidado.

.....

El almacén quedaba cerca. El local estaba separado del portón de la calle y este trecho se hallaba sombreado por una enredadera. Adentro, un bochinche de mercaderías. Estaban ahí como si alguien las hubiera arrojado para que una fina capa de tierra las cubriera. Por la ventana entraban la luz y el calor que calentaba las bolsas de arroz, yerba y azúcar. Frente al mostrador estaban las de locro y poroto mucho más frescas. Del techo colgaban varias ristras de ajo; en una vitrina de vidrios roñosos, se exhibían: un corpiño amarillo, una bufanda apolillada, dos medias zoquete, un candelabro de tres puntas y una esfera de vidrio que tenía una rosa de plástico adentro. En la otra pared se abría una puerta que daba a una habitación de paredes rojas. Los retratos de señoras pálidas y hombres serios y bigotudos, miraban fijamente hacia el suelo. Estaban colgados a mucha altura, muy inclinados hacia abajo.

Francamente no me animaba a llamar, temía que me atendiera una hechicera. Pero alguien me detectó. Era una mujer entrada en años, gruesa, saliendo del depósito. Saludó con una sonrisa enigmática.

-Buen día. ¿Cómo está la señora?

-Bien, gracias- respondí. Quise pedir un litro de leche, pero me interrumpió con otra pregunta.

-¿Cómo pasó la noche? [65]

-Muy bien, dormí profundamente.

-¿No oyó ningún movimiento?

-¿Qué, por ejemplo? -inquirí curiosa.

-Bueno, no sé si hago bien en decirle estas cosas, pero en esa casa pasan cosas muy raras.

-Qué tontería -le dije tajante.

No se heló su sonrisa, ni sus ojos me miraron con odio, pero algo en ella me hizo estremecer. Respiraba con cierta dificultad, pero de pronto, como si le faltara el aire, o tal vez molesta, calló. La miré de lleno y me pareció muy hostil, monstruosa. La verdad es que sus cabellos sucios y endurecidos se entremezclaban como serpientes.

-No diga eso, hubo una desgracia hace mucho tiempo y desde entonces nadie quiso pasar una noche ahí.

-Pues yo tuve una muy tranquila, además no me interesa saber lo que pasó hace tanto tiempo.

-Los asuncenos son siempre así -terció otra voz, la de la hermana.

Pagué y salí. Me siguió hasta el portón. Sus dientes de oro relampagueaban cuando me advirtió.

-Cualquier cosa que pase, llámenos, no dormimos hasta tarde.

Haciendo espiritismo, pensé.

-¿Qué podría pasar?

Nunca se sabe.

La mañana se hacía cada vez más caliente. Decidí pagar el precio de la instalación eléctrica, porque había madurado la decisión de convertirme, costara lo que costase, en la propietaria de lo que los lugareños llamaban la casa maldita. Los fantasmas no aparecen en la luz, estas criaturas pertenecen a las tinieblas.

María limpió y cocinó. Al fin libres de la tiranía de su padre, José María y Daniel, jugaron interminables partidos de fútbol. Al atardecer fuimos al lago. Estaba desierto, pocas personas venían en marzo.

Comencé a pensar en la historia trágica. ¿Cuál sería? Traté de extrañar a Eduardo sin conseguirlo.

Cuando regresábamos, hablamos con don Laureano, el telefonista. [66] Tenía grandes reservas de sabiduría campesina. Su mujer y su hija lo escuchaban como a un oráculo. Le pregunté por un buen electricista, luego dejé que la conversación siguiera su curso. Apoyó mi idea con voz nasal y dijo que me recomendaría uno muy responsable. Después, como quien no quiere la cosa, averiguó si no tenía miedo de vivir en la casa abandonada. A decir

verdad en este pueblo casi todas se encontraban en esas condiciones. Grandes mansiones vacías dormitaban incansablemente sobre la avenida principal, se podía descubrir en cualquier rincón alguna hermosa residencia rodeada de malezas, pareciendo entre la mediocridad de las gallinas y la crueldad de los ysyó.

-Por qué tendría que temer -contesté a su indirecta, me sentía fastidiada y partí sin dejarlo hablar.

Nadie entendía que yo la amaba, que nunca sería feliz lejos de ella. En el fondo, esa historia de encantamientos la hacía más interesante.

A las ocho todo estaba quieto y en penumbras. Mis hijos dormían, yo esperaba. No sabía qué.

Cerca de las doce, mientras fumaba un cigarrillo, decidí dejar de leer. No podía ver casi nada. La luz débil de la lámpara hacía el ambiente más misterioso. Como entre el eco de la última campanada, escuchó un llanto. Empujada por algo desconocido fui a ver quién era.

Una bella mujer me miraba en silencio. Estaba quieta y me acerqué a ella sin temor. El salón lucía como el de una mansión del siglo pasado, deslumbrante, acogedor. Grandes arañas con velas encendidas iluminaban y realzaban el mobiliario. No me sorprendí, sabía que siempre había sido así. Pesados cortinados en los ventanales, sofás y canapés tapizados en terciopelos mórbidos. Rosas y crisantemos esparcían su perfume desde la enorme consola.

Ella era tierna y parecía desesperada. Sus manos se cerraron sobre las mías, tan frías, que me inspiraron deseos de protegerla. Habló mucho, con voz suave y quebrada por sollozos. Me rogó que avisara a Pablo a que la aguardase. Se reuniría con él muy pronto. Pero ahora tenía que permanecer en la casa, cuidándola. Pablo era su amante y habían decidido seguir juntos. No necesité saber más, su dolor me afectaba y acepté ayudarla. [67]

Casi alegre, comencé a caminar hacia el lago notando cómo el viento arremolinaba el camisón a mis pies. Sentía las gotas de rocío al pisarlas. Oía una melodía desconocida. Me había esperado durante años, y me había encontrado.

Arriba la luna. El lago centelleante aparecía manso. Pablo, parado en la playa, al verme abrió los brazos y corrió a encontrarme. Me sentí muy dichosa cuando me abrazó. Comenzamos a andar lentamente sobre la arena, estrechándonos. Las olas morían en silencio y cubrían con ternura nuestros cuerpos. Pablo no hablaba, pero sentía su felicidad rodeándome como el agua.

El tiempo que había pasado no importaba. Estuvimos ansiando este momento. Allá abajo la vida toda nos invitaba a morir para empezar de nuevo. [68] [69]

La promotora

Los bancarios,

trabajando con sus números
no me miran,
continúan agachados,
sepultados.

En el salón inmenso la luz entra amarillenta, atravesando los altos y estrechos ventanales cerrados. Los vidrios están pintados en un color ocre y se nota que la pintura ha goteado en exceso. Está atestado de escritorios, de máquinas para calcular, de cestos para papeles. No hay teléfonos y se oye el rasgido de las plumas sobre las planillas que ellos tratan con veneración. Tienen viseras en la frente y protegen sus camisas con mangas postizas hechas de tela gris y basta.

Elijo una cabeza calva, una cualquiera y comienzo la letanía n.º 2: «La editorial Numen tiene el agrado de comunicarle...». Nada, nada lo conmueve, podría intercalar unos versos del poema 20 entre el detalle del catálogo y la pregunta sobre el pedido y no pestañearía. ¿Pero será que tienen pestañas?

Mientras recito el párrafo trato de mirarlo a los ojos, como aconsejan en todos los manuales de venta, pero es imposible.

Se oyen ruidos de cajones que se abren y se cierran y trato de mover graciosamente la pluma color lavanda de mi sombrero por si levanta la vista.

Estoy llegando al punto 4.º de la demostración de nuestro plan [70] integral, científico y tecnológico... Cuando le hablo sobre «los mapas de las rutas migratorias de las aves», percibo una ligera vacilación en los dedos que pulsán las teclas de la calculadora. Me siento sobre el escritorio para que note mi blusa negra bordada con lentejuelas y canutillos, pero lo único que consigo es que aparte violentamente una hoja llena de cifras y la proteja con ternura entre sus brazos.

Nadie parece respirar en este mausoleo, creo que el único que notó mi pollera de gasa transparente es el hombre del retrato. El sí me mira serio y azorado por encima de sus bigotes engominados.

En fin, ya falta poco y aunque no he podido hacer la famosa triangulación, intuyo que el punto débil del cliente son las alas. Insistiré. Hablo apresuradamente sobre la pinacoteca, la encuadernación, el tratamiento antipolillas y luego, en un golpe maestro, le muestro una de las fotografías del Ave Fénix. La de la página 25, tomo 5, en colores. Se la coloco bajo su nariz y poco a poco deja de temblar. Suelta la planilla y acaricia la página. Tiene pestañas. Son oscuras y largas, suben lentamente para ver mejor el pico tornasolado.

De pronto está rodeado por rostros casi iguales al suyo. Sonrosados, fofos, demasiado honestos y humillados. Todos la contemplan silenciosamente, con respeto. Es el momento de prender mi boquilla de ámbar y hacer la pregunta del sí.

¿Verdad que es una obra que debe tener en su biblioteca?

Continúa absorto.

-El señor Ravinovich, de la Gerencia ya la tiene, y el jefe de personal y el auditor.

-¿Dónde vive?

No era ésa la pregunta que yo esperaba. Creí que hablaríamos del precio.

-Quiero saber dónde vive el Ave Fénix.

Ah, era eso. Me llevo cada sorpresa con la gente. Pero me rehago enseguida y le doy los datos que nunca pensé que preguntaría un formal empleado bancario.

-Vive en bandadas pequeñas, oculto en los archivos. Hace sus nidos detrás de las cajas registradoras y emigra en los meses de verano hacia los sótanos húmedos y frescos. [71]

-Yo quiero una.

-Y yo.

-Yo dos.

-Yo también.

Qué éxito. Firman los pagarés apresurados, ansiosos. Les prometo que las recibirán pasado mañana. En realidad no sé qué dirá el señor Richeri cuando sepa que prometí como ítem de obsequio un pichoncito de Fénix.

Es un detalle que puede cambiar más tarde. Ahora los felicito por la adquisición y me dan la mano. Todos están tibios, como afiebrados.

Podríamos enviarles pollitos pintados de color turquesa y les diríamos que no recibimos los Fénix todavía. Bueno, de cualquier manera lo conseguí, pero cada día está más difícil vender enciclopedias. [72] [73]

La venganza es el placer de... la señora Scarlatti

Está bebiendo su café negro, lo toma lentamente y no aparta sus ojos del hule que cubre la mesa.

Sola, como siempre a esa hora, puede extasiarse en las figuras de teteras y tazas humeantes que se repiten hasta la monotonía y brillan con el tono artificial del plástico. Le queda toda la mañana y toda la tarde para llenarse de tareas. Pero hoy será distinto. Se le

ocurren cosas raras como ponerse un hermoso sombrero de paja sujeto por un lazo rosa, y entrar en el luminoso invernadero para cortar flores delicadas y exóticas que colocará en una canastita de mimbre.

La realidad es otra y bien que lo sabe. En su patio gris, de baldosas gastadas y paredes ennegrecidas por el hollín, sólo crecen unas calas melancólicas.

Hoy, por ejemplo, no las regará con el agua que sobre del enjuague de las camisas. Puede el canasto de la ropa sucia reclamar y chillar. Hoy no tocará ni una prenda.

VIVA LA HUELGA

Que se arruguen las sábanas, que se aposente el polvo sobre las repisas, que pululen las moscas en los platos abandonados.

Ya es hora de terminar con sus lamentos y detenerse lástima. Lo que le sucede es normal, corriente. A millones de mujeres en el mundo [74] les pasa lo mismo. Todos los días amanecen cientos de miles como ella y descubren que están solas. Se miran el cuerpo y encuentran la silueta de una máquina, maciza y gastada, que sirve para todo, pero que sólo es una máquina.

Ella decidió cambiar esa situación. A veces las revistas sirven para algo, y en una de ellas encontró la solución.

Pero ya es hora de comenzar su día mágico. Mientras se baña imagina con placer la sorpresa que tendrán los hombres de su casa cuando vuelvan y no encuentren la comida hecha y las camas arregladas. Se lava la cabeza con mucho detenimiento y esparce toda la colonia para perfumar su cuerpo.

Hasta ese momento evitó mirarse, pero hay que ser fuerte, piensa y se acerca al espejo...

Bueno... no es tan grave la situación. Esas redondeces que antes fueron apenas curvas, pueden disimularse con una faja. Hay pocas arrugas todavía. Sus piernas son su punto fuerte: no tienen várices ni celulitis. Con unas medias finas y zapatos de tacos altos se verán muy bien.

Se viste apresuradamente con la pollera y la blusa que la ubican en el anonimato de las formales amas de casa. Apenas peina sus cabellos mojados y se calza los gastados mocasines negros sin mirarlos siquiera.

Toma resueltamente el sobre con el dinero.

Es el sueldo de su esposo y una parte del de sus hijos. Todos los meses recibe la misma suma y debe distribuirla equitativamente para los gastos domésticos. Para esa labor es una computadora, se programa sola y nunca se equivoca.

Ahora le urge salir, se asfixia en el dormitorio que huele a moho. El amor se marchitó hace tanto tiempo que el sexo se convirtió en una palabrota. En el lecho mueren cada noche dos cuerpos cansados que no tienen nada que decirse.

Una vez en la calle corre para tomar el ómnibus y la brisa que enfría su rostro la revive. Baja en el centro comercial y mira a gusto todas las vidrieras. Entra en una boutique distinguida.

La vendedora la atiende con desgano y cuando se prueba la blusa [75] delicada e insinuante, queda asombrada. Hay algo en esta mujer que la va transformando de a poco. Se decide por una pollera negra acampanada y compra también un cinturón ancho de lamé. Es extravagante pero consigue que toda la atención se centre en su cintura que aún es pasable.

Los zapatos y la cartera son adquiridos sin hesitaciones y guarda en el bolso elegante su viejo uniforme de Señora Cadáver.

Pasa dos horas en el salón de belleza, leyendo publicaciones dirigidas a las mujeres, donde las aconsejan ser agresivas, sensuales, misteriosas, seductoras... aprende algo, quizás no sea todavía muy tarde.

La maquillan, tiñen su pelo y, cuando se contempla, cree ver a otra que no conoció nunca pero que se había insinuado algunas veces en su vida.

Falta mucho tiempo aún. Camina por galerías ruidosas y entra en todas las librerías que encuentra, para leer poemas de amor, a hurtadillas. Los hombres la miran. Algunos dudosos, otros, más osados, le proponen placeres breves.

Se desplaza cada vez más leve, más segura, y siente en las miradas la afirmación de su recuperada femineidad.

De pronto las mariposas se inquietan en su estómago y los latidos de su corazón comienzan a retumbar ensordecedores. Todos los prejuicios se hacen presentes en su memoria y las obligaciones gritan reproches en sus oídos.

Pero eso la determina a no ceder y con un rubor encantador en el rostro se dirige, en su hora vespertina, hacia el desconocido que aguarda en la esquina, de traje oscuro y con una flor en la solapa, tal cual como lo habían decidido. Ella no se anima a mirar hacia atrás.
[76] [77]

Sr. Gerente de Venta
«Tienda La Coqueta»
Ciudad

Señor Gerente de Ventas, antes que nada me disculpa por dirigirme así a usted, pero en el aviso que salió no figuraba su nombre. Sabe, mis padres me enseñaron que a la gente había que llamarla por su nombre, como por ejemplo: doña Engracia, doña Micaela y así por el estilo. Pero ellos eran campesinos y acá en la ciudad es diferente.

Le escribo por ese empleo que anda ofreciendo. Cuando leí que tenía que enviar mis datos personales en una carta manuscrita, busqué la palabra en el diccionario y me hallé mucho al saber que no necesitaba pedirle ayuda a mi hija Alicia. Ella sí que sabe escribir a máquina. A veces, la visito en su departamento y me dice: «Mamá, sentate por ahí que no te puedo atender porque estoy muy ocupada». Veo que sus dedos se mueven muy pero muy ligeros y hacen un ruido agradable con las teclas.

Pero me estoy saliendo del tema, como diría mi finado marido. Sabe don Gerente que yo quiero ser vendedora de salón... Ay, me gustó tanto ese título: VENDEDORA DE SALÓN.

Pienso que voy a servir porque siempre anduve vendiendo algo; cuando era jovencita los pañuelitos de ahó-poí que bordaba mi mamá..., después de casarme hacía pastelitos y los ofrecía a mis vecinos y a los albañiles que trabajaban cerca de mi casa. Es que tenía que ayudar a mi marido para poder dar de comer a nuestros hijos y mandarlos a la [78] escuela. Él siempre me decía que no quería que sean «unos burros como vos». No vaya a pensar mal, no fue malo, un poco autoritario a lo mejor, pero eso le venía de trabajar en la Policía. Era muy serio, se reía raras veces y la gente del barrio no lo quería. Pero se mataba trabajando, casi siempre volvía de madrugada con los ojos muy rojos y de mal humor. Solamente se ponía cariñoso cuando les hablaba a sus cardenales. Si usted lo hubiera escuchado don Gerente..., tenía cuatro en la jaula de hierro. Les compraba alimentos especiales y lechuga... y frutas; cuando estaba con ellos su carácter variaba, le cambiaba la voz. A mí me gustaba escucharlo y me hacía la distraída y me quedaba cerca..., hasta me ilusionaba pensando que me hablaba a mí. Mire, no crea que conmigo era malo, me pegó algunas veces y me lastimó, pero le doy la razón porque yo era muy contestadora.

Volviendo a lo de vendedora de salón, me gusta la idea de no tener que estar a la intemperie... ¿Se dio cuenta de que yo también uso palabras difíciles? Las aprendí con mi patrona la señora Lucía de Lamermour, una gringa de muy buen corazón que me da trabajo de lavandera y planchadora. Ella me aconsejó que leyera los diarios, las revistas. Me dijo que yo soy muy inteligente, además de ser guapa y honrada, y que tenía que progresar. Dijo que le causa tristeza verme trabajar de sol a sol a mi edad. Y ahora que hablo de edad aprovecho para decirle que tengo cincuenta años; como verá no estoy muy vieja y gracias a Dios soy sana. Desde que Ciriaco tuvo ese accidente y falleció, yo quedé sola. Mis hijas están casadas y mi hijo se fue a vivir a la Argentina y me escribe muy raras veces. No tengo casa propia, vivo en una pieza y con lo que gano lavando y planchando alcanza para pagar el alquiler y para comer.

Por eso, don Gerente, me animo a ofrecerme como candidata a su empleo; aprendí a ser amable con la gente para que tuvieran deseos de comprar lo que ofrecía y también aprendí a callar mis rabias y a disimularlas con una sonrisa.

¿Qué le parece mi propuesta? Por favor contésteme pronto.

Petrona Viuda de Figún

Ah, disculpe si no le mando el Currículum Vitae que pide... No sé lo que es. [79]

Una reunión singular

Nunca me gustaron las paredes pintadas al aceite, y las de la casa de Mireya menos. De color ocre brillante devolvía hacia nosotros nuestras propias siluetas vacilantes. Me hacían recordar a un hospital, no sé por qué. Pero, como suele decirse, sobre gustos no hay nada escrito. En todo eso iba pensando mientras circundaba esa pared redonda, la luz era muy pálida y amarillenta. De pronto, como si surgiera del aire, apareció él. Hacía muchos años que no lo veía. Lo encontré cambiado, más delgado y más canoso. Intuía que las copas que llevaba en la bandeja caerían de un momento a otro, pero no podía dejar de mirarle. Sus ojos me quemaban como brasas en medio de un repentino silencio, estábamos ahí, uno frente al otro, atraídos irremediablemente.

Me parecía salir de un sueño pesado y largo; era como si hubiera estado muerta todos estos años sin verlo. De él emanaban fuerza y ternura y sentía que me abrazaba con su mirada. Luego cuando escuchamos pasos de alguien que venía, dijo convencionalmente:

-¿Qué tal, cómo estás?

-Bien, gracias -contesté y seguí camino hacia la sala. Serví como una autómatas y después me senté.

Era la despedida de soltera de Mireya, mi prima. Había invitado a algunos parientes y en ese grupo estaban él y su esposa. Yo había ido sola.

Mientras Rosarito me contaba por milésima vez las travesuras de su nieto, me dediqué a mirar a esa mujer tan largamente envidiada, su [80] mujer. Era muy delgada y de estatura mediana, blanca, sus cabellos enmarcaban un rostro interesante de ojos negros, boca grande y pómulos anchos.

Vestía un chemisier blanco, muy elegante, y tenía las manos con uñas largas y bien cuidadas. Las pulseras tintineaban a cada momento en sus brazos.

Tenía piernas bien formadas cubiertas por medias finísimas. Por su aspecto podía decir que era prolija, distinguida, y por su voz, que era cariñosa y tierna. La escuché pronunciar frases sobre sus hijos.

Yo estaba ahí fascinada, no dejaba de observarla, no oía nada. La veía en colores y en primer plano y así como borrosas, percibía a su alrededor bocas y movimientos. Algunas bocas de labios morados se curvaban diciendo oooooooh... infinitamente. Otras de labios naranjas reían y dejaban ver dientes amarillos y lenguas blancas y pastosas. También había manos ávidas que cogían bocadillos y otras vanidosas que acariciaban fríos collares de perlas.

No pude aguantar más y salí de esa atmósfera de pesadilla. Pasé frente al espejo veneciano, orgullo de Mireya, y me miré. No era yo ésa que se reflejaba. No era yo ésa tan alegre. Ni tampoco mi vestido el que tenía esa muchachita... aunque viéndolo bien pudo haber sido mío hace, muchos años. Siempre me había gustado porque le gustaba a él. Era vaporoso y blanco, con pequeños ramitos de no me olvides. La desconocida me dio la mano desde el espejo y salimos juntas, y a cada paso se acercaba más y más a mí.

Atravesamos corredores y pasillo para llegar a la salita. Ella lo buscaba, podía adivinarlo, pero él no estaba. Entonces se apresuraba con mis piernas y salimos al jardín de los rosales.

Ahí sí estaba. Lo esperamos y vino a nosotras y nos tomó de mis manos.

-¿Me buscabas? -nos preguntó.

-Sí -dijo ella dichosa y fuimos a sentarnos en un banco pintado de verde.

-Qué suerte haberte encontrado -la oía decir con mi voz.

-Regresé hace un mes, ya sé, no digas nada. Tendría que haber [81] vuelto hace mucho. Quiero que hagamos de cuenta que el tiempo no pasó. Te prometo hacer lo imposible para que olvides.

Esas palabras que él la pronunciaba yo hubiera querido decirlas hace quince años. Pero ¿quién era esta mujer que me robaba mi historia?

Miguel negaba dulcemente:

-¿A qué viene esto Mariela? Ya pasaron quince años de tu viaje. Nunca me escribiste y yo me casé. Aquello es historia pasada.

Se llamaba Mariela, como yo, y lo besaba en las manos y reía.

-No seas tan rencoroso Miguel, sé que no podés haberme olvidado. Además, eso de tu casamiento me parece una broma de mal gusto. Yo te quiero tanto que no vas a librarte nunca de mí. Si no nos reconciamos ahora y me das un beso, me volveré loca.

Él, como antes, se inclinó y la rodeó con sus brazos, luego la besó. Fue maravilloso volver a tener sus labios entre los míos. Todo parecía dar vueltas.

Las copas se estrellaron contra el piso y las risas de la reunión cesaron, de las arcadas románicas que rodeaban el jardín surgieron de pronto los pilares toscos del manicomio. La música que alegraba, la reunión se fue extinguiendo y sentí los pasos de Rebeca, la enfermera nocturna. Venía a traerme la medicina de las ocho. La noche había caído en el patio de recreo. En tanto conversaba con Miguel no me había dado cuenta del paso del tiempo.

Las píldoras de las ocho me hacían tener sueños blancos como figuras de yeso, impenetrables y sin recuerdos. En cambio, las de las cinco, me llevaban muy lejos de aquí, me hacían ver personas y oír risas olvidadas hace mucho tiempo.

A decir verdad, prefería la medicina de las cinco. [82] [83]

Más allá del arco iris

Vio algo con el rabillo del ojo, pero no le dio importancia y siguió preparando la mayonesa de huevos sintéticos. Nuevamente percibió un movimiento y color en la ventana pero pensó que era el ocaso automático de las tres de la tarde. Cuando cerró la heladera, el reflejo de algo rojo y redondo le llamó la atención. Se decidió a salir al calor abrasador porque tenía que saber qué era, y lo encontró saltando lánguidamente.

Era un globo. Común, inflado con aire, de color anaranjado oscuro y con algunos adornos celestes. Vaya a saber qué ignotos espacios había cruzado para llegar hasta allí, donde no había ningún otro, ningún cumpleaños, ninguna ronda.

Solveig se quemó los dedos al recoger el cordel y entró sofocada a la casa. El calor era inaguantable. Cerró la puerta de su cocina y al influjo del fresco aire acondicionado el globo se puso un poco más duro. Lo contempló con asombro y con placer.

Adoraba el color y la textura y no podía esconderlo. Abrió una de las alacenas vacías y lo encerró en ese nido.

Luego, mecánicamente, preparó la mesa. El mantel blanco y las sillas grises de aluminio y plástico. Platos y cubiertos de material desechable. Los vasos muy transparentes y, en el medio una jarra con agua. Mientras cubría toda la comida con la salsa incolora, pensaba que era superfluo, pues la carne y la verdura apenas tenían color; pero ése era el deseo de su marido. «Nada tiene que sobresalir, todo debe ser de igual tonalidad», repetía constantemente. Por eso toda la casa era así, de un [84] monótono color plomo, y los alimentos también. Los muebles de la cocina eran claros, los azulejos cruelmente blancos y los artefactos de acero inoxidable.

Si ella hubiera tenido que describir a su marido con tres palabras hubiese elegido: aburrido, gris y pulcro.

Mientras se bañaba y se desinfectaba, por primera vez pensó en sí misma, se describió como una mujer delgada, cansada, ajada. Había nacido hacía treinta y cinco años y podía recordar que sus padres fueron más afables que su esposo. A éste lo había conocido por intermedio de una computadora. Según parecía, era conveniente un matrimonio entre ambos, pues tenían importantes afinidades. Los dos eran huérfanos, gustaban de una vida metódica, no querían tener más de dos hijos y adoraban la limpieza. El último, fue el factor que decidió a Asperg.

Incineró su ropa interior y descubrió con asombro que estaba cantando, qué raro, nunca lo había hecho antes y hasta sonreía. Se abrió la puerta de entrada, llegaron su hija, su hijo y Asperg.

-Buenas noches madre.

-Buenas noches Solveig.

Esto fue todo, luego pasaron a asearse. Mientras estuvo sola corrió hasta su secreto: vio al globo saltando jugueteón contra el techo y queriendo salir de su prisión.

-¿Qué pasa? -sonó el vozarrón áspero de Asperg.

Ella perdió el suave rubor de su rostro y sirvió la cena.

-¿Cambiate las cortinas? ¿Sacudiste las sábanas? ¿Pasaste la aspiradora en los techos? Solveig respondió a todo que sí y era verdad. Hacía todos los días lo mismo pero su esposo necesitaba esos sí, desesperadamente. Dependía de ello.

Los hijos nunca hablaban, se limitaban a mirarse a escondidas y a intercambiar sonrisas cómplices. A ella le gustaba que fueran así. Aunque los sabía indiferentes también se daba cuenta de que tenían vida propia. Vida palpitante y ardiente como los animales que habitaban más allá de los canales.

-Te espero en el dormitorio -se despidió él.

-Hasta mañana madre -dijeron Roc y Elvie. [85]

Apenas se fueron abrazó al globo. Se hundió en esa onda naranja y cálida. Se vio a sí misma en otra cocina, con sillas de roble oscuro y asientos de paja. La única luz venía del fuego de chimenea que calentaba el caldero y hacía brotar chispitas en los platos con flores pintadas y en las copas color ámbar. Casi pudo sentir en sus mejillas el roce de los crisantemos dorados que alegraban la mesa desde un florero.

-Solveig -llamó su esposo. Todo se acabó, lo escondió y contestando: «Ya, comenzó con la rutina». Tiró las sobras en el triturador de la pileta, puso los platos y las servilletas de papel en el incinerador, así como los cubiertos. Ya con los guantes esterilizados puestos recogió los vasos del secador. Luego apagó la luz y se encaminó al dormitorio, dejando ese

ambiente helado y voraz, como una boca acerada, ansiosa de engullir basura, palabras, sentimientos.

Antes de acostarse chupó una píldora de «Orgadiz», para el orgasmo feliz. Desde la primera noche su marido le recitó sus mandamientos: «Todo lo que se acumula es basura, la basura es nociva, y yo, como jefe de limpieza de la ciudad satélite, no puedo tolerar ni una partícula de suciedad en mi vida. De modo que tendremos relaciones sexuales todas las noches, así no se acumularán deseos, ni tensiones, eliminaremos desechos y dormiremos tranquilos y limpios». A veces Solveig pensaba que era un tubo donde entraban y salían los alimentos y nada más. Las sensaciones, las ilusiones, las desdichas no dejaban huellas ni recuerdos en ella.

Cuando por la mañana, despertó, recordó que había soñado en colores brillantes. El ruido de los cohetes que despegaban de la base cercana, era ensordecedor.

Se vistió y preparó el desayuno, ansiosa, nerviosa. Su mente estaba puesta en la alacena.

Su marido protestó por el color subido de la mermelada y ella prometió no usarla más, mientras los hijos ocultaban sus sonrisas tras las servilletas.

Cuando todos partieron, corrió a sacarlo y se puso a jugar como una niña. Saltaba en sus saltos leves y gráciles.

Después lo guardó y limpió la casa tan alegremente que a veces [86] reía sin motivo. No almorzó porque estuvo bañándose en el mar de las olas celestes de su globo. Al mirar de cerca, ella, que nunca lo había visto antes, sintió en sus labios gotas salobres, un viento frío estremeció sus carnes que se habían tornado bronceadas, se mojó los pies y corrió por la arena tibia. El mar tenía todos los colores del universo menos el gris.

Sonó la chicharra del ocaso de las cuatro y salió de su ensueño. Lo guardó. Hizo todo como de costumbre, y cuando quiso despedirse de él, lo encontró achatado y delgado, sólo era una mancha en la blancura del estante.

Comprendió que nunca más jugaría con él, se sintió irremediamente sola.

Entonces, después de tirar todo el frasco de Orgadiz al piso, derramó los desinfectantes que había en la casa, echó un puñado de polvo en cada cama y decoró amorosamente los cuatro platos con hilos rojos, que fue recortando del globo. A medida que lo hacía, sus lágrimas caían vibrantes de furia, de tristeza.

Luego se bañó, acariciándose, y sintió por primera vez un placer natural. No aprisionó sus largos y sedosos cabellos en la cofia, como acostumbraba. Anduvo caminando desnuda en su cuarto, tan frío, tan impersonal. Recordó que Roc había traído algo que recogió de una de esas naves desconocidas que solían llegar.

Encontró el paquete tirado en el fondo del placard. Lo abrió y sacó una túnica de seda, que se pegaba a su piel y centelleaba con todos los matices del arco iris. Tenía una fragancia particular, muy penetrante y excitante.

Bajó la escalera descalza y se miró en la puerta metálica. Estaba hermosa, extraña.

Al partir, decidida, levantó la vista hacia el espacio infinito. La vida la esperaba en cualquiera de esos mundos ovales luminosos.

Y caminó hacia los canales lejanos. [87]

La mamá de Ballena
A Luis Ughelli

Me senté en el banco de los taxistas para esperar a Rubén. Le dije, vení a las once y media porque los sábados hay mucha gente.

Pero no, Ramonita estaba terminando un peinado semialmidonado, con mucho fijador y modelo lamida de vaca. Me atendió enseguida de muy buen humor, como siempre. A las once menos cuarto estaba lista.

Crucé Colón y recorrí los negocios de los coreanos. Compré tangas rojas para las chicas, un short para Rubén y unos casetes de Juan Luis Guerra para Erenia, la limpiadora; se vuelve loca por la salsa. Después me senté para mirar la gente que pasaba. Colón hervía a esa hora. Los choferes estaban entre pocos en el otro banco, tomaban tereré cebado por un muchacho muy parecido a Gallo, ese fotógrafo que siempre nos saca en los cumpleaños.

La esquina de enfrente, la del Danubio, estaba llena de hombres comiendo pastelitos y de mujeres en oferta. Una quinielera consultaba el libro de los sueños con sus páginas sobadas y roñosas. Los turistas recorrían la avenida y todos me parecieron unos payasos. Vi piernas tan feas como nunca había visto y eso que yo vi muchas.

Al ratito nomás me di cuenta de que en el mismo banco se sentaban una pareja de jovencitos y una mujer bastante vieja. No me fijé mucho porque, en ese momento, un matrimonio salía de Ferbazar discutiendo [88] a los gritos. La mujer quería un juego de acero inoxidable y él no. Es muy caro, decía, y ella le gritó amarrete y se fue muy enojada hasta el hotel Colonial.

Eran las once menos cinco y todavía estaba fresco el lugar por la sombra de los árboles. La vieja mirada fijamente hacia el Danubio y pensé que esperaba a alguien. Pero había algo que me hacía dudar. No parecía cansada y, sin embargo, sus piernas llenas de várices le dolerían mucho al caminar. Movía las mandíbulas como las vacas de mi madrina, seguro que los dientes postizos no encajaban bien. De un bolso de plástico sacaba tajadas de queso y una botella con gaseosa caliente. Le calculé unos 65 años, o más, no estaba muy arrugada.

Se había teñido de un rubio amarillo como la paja, hacía por lo menos quince días, porque las raíces blancas ya salían más de medio centímetro.

Pasaban hombres jóvenes con sus hijos a caíro, chicas con minifalda, coreanas con polleras largas y piernas arqueadas, vendedores de termos, de veladores, de cuadros de santos, de juegos de cubiertos, de prolongadores... y ella seguía sentada, con una mirada igualita a la de Carlos, el epiléptico. El vestido era color mostaza con botones adelante y los pechos, grandes, con el pellejo arrugado, salían de su escote.

En las manos las venas también saltaban como caminos verdes entre las pecas, en la derecha tenía dos anillos de oro y el esmalte de las uñas muy saltado. Pero yo estaba segura de que no era por lavar las ropas y fregar los pisos. Todavía a las once y cuarto no podía saber cuál era el misterio de esa mujer. Me hacía acordar a alguien, ¿pero a quién? Me fijé en las cejas pintadas con una raya negra de lápiz, bien gruesa, sobre los ojos saltones, igual a... Sí, ¡igual a Ballena! Es la madre, fija que es la madre. Me puse tan contenta, por fin conocía a la famosa mamá de Ballena.

Willig estuvo loco por ella hace diez años, cuando trabajábamos en el mismo lugar. Él venía todas las noches, a veces con plata, a veces no. Ballena se reía mucho con lo que le decía. Es que Willig sabía contar historias. Después todo se acabó. Ballena no quiso recibirlo más. Parece un pastor protestante, me dijo, siempre joder con lo mismo. Yo estoy contenta, y a él qué le importa de mi vida, además, ¡todas en mi familia hacemos lo mismo y qué! [89]

Ballena siempre fue muy soñadora y ya en ese tiempo dejó pasar muchas oportunidades. Su mamá estaba en su mejor época y vivían bien, tomando toda la cerveza que querían y jugando casi todo lo que ganaban.

Todo se aclaró a las 11 y 29. En el kiosco cantaba Sinéad O'Connor «Nothing compares to you» y la parejita se acariciaba sin ninguna vergüenza. Un hombre muy morocho, con sombrero de caranday y camisa a cuadros de mangas largas, se acercó a la mamá de Ballena y le habló al oído. Al hablar le apretaba el brazo y su anillo grande como el de los pyragüés brillaba con una inicial. Ella se levantó y entraron juntos en el hotel de la esquina, el de la escalera larga y las piezas con persianas verdes. Estaba fuerte todavía la mamá de Ballena y seguía trabajando. Rubén llegó a las once y media y nos fuimos. No hay caso, hay gente que no quiere progresar y va a morir pobre. Me acomodé en la camioneta y puse bien fuerte el aire acondicionado. De repente me vino mucha tristeza al recordarme de Ballena. Hace tantos años que nos separamos. Ella ha de estar cada vez peor, como la madre, nunca me hizo caso, como tampoco me escuchan ninguna de las siete que trabajan para mí. No piensan en el futuro y los años pasan para todas, hasta para la mamá de Ballena. [90] [91]

en un bosque de papel.

Vea, yo he venido para aclararlo todo. Sé que le han contado una gran mentira y aunque usted no me hubiese hecho buscar, habría llegado hasta aquí para decir mi verdad, la única verdad.

Todo comenzó cuando Carlos Tolengo me obsequió el libro con los horóscopos chinos completos. Fue una atención de su parte, sabe que me atrae todo lo relacionado con las ciencias ocultas, con lo esotérico. Ni mis hijos ni mis nueras me visitan y paso el día sola. Aprendí a leer el futuro en las hojas de té y en la borra del café.

Como lo decía, este muchacho vino a verme cuando se enteró que mi hijo Jorge había viajado al Japón para recibir su doctorado en dactilografía, fue un gran regalo el que me hizo ¡tan útil!

Lo estudié durante quince días y me empapé con sus conocimientos. Cuando estuve completamente segura que podría resolver un problema serio, las invité.

No premedité nada, no, no, tan sólo me di cuenta que poniendo comprensión y tolerancia de mi parte, los odios quedarían olvidados. Soy capaz de ser afable, comprensiva, encantadora... Todas esas son características de mi signo. Lo leí en el libro pero ya lo sabía.

Está bien, prosigo, le aseguro que viene al caso porque lo terrible [92] del suceso es que fue producto de nuestra incompatibilidad zodiacal. ¿Pudo escribir bien, joven? Incompatibilidad con «b» larga.

Bueno, las invité a tomar el té el domingo y se presentaron muy puntuales. Hacía años que no veía a mis cuñadas, mi finada suegra les decía las tres Marías, pero yo, que las conozco bien, las llamo las tres arpías. Por favor, no se impacienten, ya sigo.

María Candelaria tenía un sombrero enorme cargado con frutas de cera. Probablemente lo rescató del baúl del desván. Las mellizas, María Luisa y María Catalina, con tules y joyas disimulaban muy bien las arrugas, pero estaban ridículas. Para que me comprenda mejor le diré, que yo estaba tranquila, era uno de mis días favorables.

Queriendo agasajarlas me había esmerado, para María Candelaria preparé una tarta de duraznos con chantilly, la pobre es diabética y le prohíben lo dulce... Pero una vez al año no la iba a matar. Me lo agradeció mucho. María Luisa atacó los bocaditos de jamón y las croquetitas de pollo... Pobre, eran especiales para ella, saladitos y sabrosos, muy inadecuados para la desabrida dieta que sigue por la hipertensión.

Durante la primera hora todo transcurrió en paz, no tocamos más que temas generales y los últimos acontecimientos sociales. Luego pasamos a la sala, ahí sobre la mesa redonda (impecable con el mantel de encaje) estaba la ponchera. María Catalina me preguntó ansiosa si el ponche tenía alcohol. No quise desanimarla, dije que lo había hecho con jugo de piña. Preferí no mencionar el ron jamaicano y el champagne. En un tiempo se comentó

que ella bebía demasiado, después del accidente no volvió a tomar ni una gota... Pero quería, por eso mi mentira fue piadosa.

Allí las palabras ya no se midieron y a medida que vaciaban la ponchera también vaciaban sus rencores. Surgió lo de la herencia, pero me contuve. María Candelaria y María Luisa azuzaban a María Catalina para que me atacase por lo del anillo de esmeraldas, casi casi lo consiguieron, pero finalmente ella desistió de presentar batalla. Típico de su signo, ¿le dije que las tres tienen el mismo animal dominante en sus horóscopos? [93]

Cuando vi que las cosas se estaban poniendo feas, les planteé lo del poder. Callaron prudentemente, cada una esperaba que la otra fuese la primera en negarse. Pero yo insistí a pesar de las orejas, María Luisa las tenía paradas y muy atentas, peludas y marrones. Catalina frotaba las puntas grises de las suyas por encima de su cabeza dubitativamente y María Candelaria las colocó tensas hacia atrás. No hice caso de los enormes bigotes dudosos ni de los dientes afilados que comenzaron a roer las servilletas. Una de mis virtudes es la perseverancia y además tengo condiciones de líder, por eso volví a la carga. No lo hubiera hecho, estaban muy desconfiadas y daban fuertes golpes en el piso con sus potentes patas traseras.

Yo no necesitaba estafarlas, gracias a Dios, Raimundo me dejó viuda y en buena posición, sólo me guiaba mi anhelo de hacer justicia, esos campos eran de la familia y podíamos recuperarlos si nos uníamos.

Pero tuve que darme por vencida cuando comenzaron a dar saltos de un sillón a otro. María Candelaria tuvo la osadía de hacer pis en mi alfombra persa. Eso fue el desastre total y actué para poner orden, le juro por la gran pirámide que no utilicé ningún soplete. Soportarlo fue superior a mis fuerzas. Mi aliento de fuego las abrasó, porque tiene que saber, señor comisario, que yo soy una dragón todopoderosa y ellas unas miserables conejas que quisieron convertir mi sala en una madriguera. [94] [95]

Asunción y sus espejismos

«Cuánto trabajo para

una mujer saber
quedarse sola y
envejecer...»

A veces me visitan los recuerdos y en esas mañanas me levanto de buen humor, me suelto la trenza y sonrío. Mi compañera de cuarto, Olivia la española, dice: «Hoy habrá jaleo».

Pero no, no habrá ningún jaleo. Prometo portarme bien hasta el domingo. Sé que vendrán a verme.

Ya arreglé la cama y fui a la capilla, no quiero que la monja de guardia se enoje. Voy a barrer la mitad del patio y después me va a atacar un tremendo dolor de espalda que me impedirá seguir trabajando. En caso contrario me tendrán toda la mañana trajinando desde la cocina al pabellón y de ahí al comedor. Cualquiera diría que me tienen gratis aquí.

Conseguí engañar a la hermana Delia y ahora estoy tranquila en mi cuarto en un día glorioso de sol. Se supone que lustro los cálices y cuento las hostias, de vez en cuando como alguna con la mermelada que tengo escondida debajo de mi cama. Son pasables.

Solamente en soledad vuelvo a recordar mis sueños. Veo nuevamente a mi padre levantarse eufórico en esas frías mañanas bonaerenses. Muy pocas veces estaba con nosotros durante la semana porque su horario era de lo más extraño, trabajaba demasiado. Entraba al diario a [96] las seis de la tarde y escribía hasta las doce de la noche, en ocasiones hasta más tarde. Después salía con sus amigos a cenar y a jugar interminables partidas de ajedrez. Volvía a casa a las tres de la madrugada, cuando estábamos durmiendo, se acostaba y durante el día debíamos andar de puntillas y no gritar.

Nos acostumbramos a leer todo el tiempo, mamá era nuestra intérprete. Le decíamos lo que queríamos y ella se encargaba de transmitirle nuestros pedidos. Papá se despertaba a eso de las dos de la tarde -hora de escuela- y de allí partía a la radio donde se ocupaba del noticiero. Solíamos compartir los fines de semana, eso cuando no tenía que ir a una reunión política. Pero en ciertos días se escuchaba su voz potente y alegre llamando a mi madre: «¡Chiquita, Chiquita...!»

Ella venía de la cocina muy sorprendida y preguntaba. ¿Qué te pasa?

-¿A qué no sabés con quién soñé anoche?

Me preparaba para una escena que conocía demasiado pero que igual me fascinaba. Sentada cerca de la mesa donde él esperaba su desayuno, yo también aguardaba.

-¿Con quién? -respondía ella sabiendo muy bien su papel.

-Con don José, el sastre que vivía en la esquina de Benjamín Constant y Convención.

-¿Sastre? -el tono de mamá era de medida incredulidad. Comenzaba la parte más linda.

-Sí, el sastre... ese italiano que solía venir a charlar con Piíta y que quiso enseñarme a tocar la mandolina, ¿no te acordás de él?

-No... no me acuerdo de ningún sastre -mi madre hubiera sido una gran actriz, no necesitaba ni cursos de actuación para ello... Total, íbamos al cine cuatro o cinco veces por semana.

-¡Sí! -insistía papá, un poco impaciente ya y dando mayores detalles- usaba un peluquín negro.

La cara de mamá comenzaba a denotar cierta duda, quedaba un rato en silencio y luego decía: «Peluquín anaranjado».

-No, Chiquita; no era anaranjado, ¿pero cómo no te acordás? En un tiempo quiso casarse con Floria, la criada de tía Amelia. [97]

-Sí, claro que me acuerdo pero no era sastre sino soldador, vivía en la calle Estrella y tenía un Peluquín anaranjado.

Ésa era la declaración de guerra. Discutían horas sobre los habitantes de la mítica Asunción, reviviendo la infancia y la juventud común a ambos. Eran primos hermanos y se habían criado juntos bajo el ala de mi bisabuela, la gran matriarca, la que hizo casar a todas sus hijas con extranjeros... y cuando quedaron viudas volvió a cobijarlas en su casa. Mis padres siempre siguieron unidos por fuertes lazos a la familia. Alguna de mis tías abuelas quedaron en Asunción y nosotros vivíamos en Buenos Aires desde hacía muchos años.

Mis hermanos no daban tanta importancia al tema discutido por mamá y papá. Se sentían totalmente argentinos... y lo eran por nacimiento. Yo sí quería develar el misterio. ¿Cómo era Asunción? ¿Cuándo podría volver para conocerla? Los escuchaba hablar del río, de las burreras, de Rius y Jorba, de un palacio... Cerraba los ojos y transitaba por esas calles tan renombradas, veía caserones con zaguanes, olía jazmines y hasta podía adivinar cómo era un aljibe.

Mi abuela paterna solía visitarnos una vez al año. Hacía el viaje en barco y se quedaba por dos o tres meses en nuestra casa. Era una señora que se pasaba el día leyendo los diarios de cabo a rabo, hasta las notas necrológicas. Una vez pregunté por qué lo hacía y respondió que estaba acostumbrada y no tenía por qué cambiar...

Dos de sus hermanas que se habían afincado en la capital porteña luego de casarse, la visitaban, y eso era un lujo de conversación. La sometían a un largo interrogatorio que comenzaba con preguntas sobre la salud de la parentela. Yo me hacía la dormida ya que la parte más picante de la charla exigía que fuera sólo para mayores, pero la mayoría de las veces se hallaban tan entusiasmadas que no notaban mi presencia. Mi abuela comenzaba:

-¿Saben quién murió?

Luego de preguntar quedaba en silencio, las otras aventuraban nombres y direcciones. Mi gran mamá sonreía y refutaba todos los datos, que el viejo Rururú no habitaba en tal calle y la de eneene era vecina suya... y así jugaba con ellas hasta que declaraba: murió don Fififí, el que estaba casado con la de Pepepé y que había tenido hijos con la de TTT. [98]

Ahí surgía la misma discusión, los recuerdos de mis tías no coincidían con las afirmaciones de mi abuela y discutían sobre honras y casas casi toda la noche. Lo que más me intrigaba era que los don José y las doñas Fulgencias se mudaban a cada rato. Las más nombradas eran la calle Estrella, Humaitá, Convención, Coronel Martínez y Benjamín Constant. En mi imaginación veía a esos personajes desconocidos llevando sus bártulos sobre las espaldas en plena noche y sin notificar de la mudanza a mis pobres tías. También

me sorprendía esa extraña costumbre de tener hijos de alguien estando casada con otro... y, ¿cómo podían saberlo mis tías? Misterios que se aclararon sólo con el tiempo.

Cuando llegaba la elegante tía Amelia era una fiesta. Traía regalos para todos, grandes frascos de jalea de guayaba para papá, jabones de coco y chipá, mantillas de ñandutí... eran tan exóticos esos objetos. Mi padre guardaba el dulce en su biblioteca bajo llave y bajo pena de feroz paliza a quien cometiere el atrevimiento de comerlo, aunque fuese un poquitito. Nosotros nos lavábamos la cabeza hasta derretir los jaboncitos rosados, mi madre reclamaba el almidón y amenazaba con hacer chipá pero finalmente se decidía por el mbeyu que desaparecía en un abrir y cerrar de ojos de la mesa de la merienda.

También tía Amelia traía novedades, contaba vida y milagros de las señoras que frecuentaban su casa y hacía planes para quedarse a vivir definitivamente en Buenos Aires - que nunca se cumplían. Todas las noches desmenuzaban con mi abuela los escándalos de la gran sociedad asuncena. Pero delante de extraños no había mujeres más discretas que ellas, orgullosas de ser paraguayas y tratando de que no olvidásemos nuestros orígenes.

Apenas cumplidos mis veintidós años y con licencia para hacer mi santa voluntad, compré un pasaje y vine en busca de mis raíces, a mi ciudad natal. Me esperaba tía Chela y al verla sufrí un estremecimiento: era mi rostro colocado en otro cuerpo. Yo era una legítima C., mi sangre no se había mezclado.

Asunción me conquistó desde el primer instante. Amé su sol, sus colores y ese romance infinito con el río. Toda la sed y la angustia que sufriría luego, se aplacarían al verlas aguas mansas desde cualquiera de las colinas. [99]

El amor y el dolor me esperaban aquí, pero no me arrepiento de nada. Comprendí por fin que hay hombres generosos que reparten su simiente sin hacer distinguos. Admiré a las mujeres, siempre buscando realizarse en el rol que consideraban principal, ¿cómo podrían dejar de hacerlo si hasta Asunción es una ciudad madre?

No conocí a los ubicuos vecinos de mis padres, pero me embriagué de palmeras y naranjos. Tuve mi parte de tierra prometida... roja, blanda, dúctil... Fui sembrada a mi vez y di frutos, tuve una familia.

¿Qué pasó? ¿Qué pasó después? ¿Qué se hizo de mis rostros? ¿De aquellos vecinos misteriosos?

Han pasado varias horas, Olivia ya está aquí y ronca tranquila. Ella no tiene parientes y tampoco preocupaciones.

Me vi en el espejo del baño y me asusté, ésa que me miraba era mi bisabuela, lo sé porque he visto sus ojos contemplándome muchas veces desde las fotografías sepias que guardaban mis tías. Murió hace tantos años, rodeada de todas ellas. Antes no se abandonaba a los ancianos, vivían junto a sus hijos y nietos hasta el último día. Siempre se ponderó la vida familiar que llevaban los asuncenos... Eso era antes..., mucho antes de que los míos me arrojasen a este lugar. Pero no debo guardarles rencor, ellos trabajan y sus esposas también,

no pueden estar pendientes de los caprichos de una vieja que chochea, como dijeron a las hermanas del asilo.

Estoy contenta porque tengo el presentimiento de que el domingo vendrán a visitarme. Quizás se arrepientan y me saquen de aquí. No estoy tan mal pero los altos muros impiden que vea las santas ritas y las burreras. Dicen que ahora ya no hay más pero yo puedo verlas con los ojos cerrados, faltan dos días para el domingo, voy a rezar para que vengan. Necesito recorrer mi Asunción y oler el aroma de sus azahares antes de marchitarme para siempre. [100] [101]

La carne de Carmela

La carne de Carmela era débil... y maravillosa. Fue mi tía abuela más pecadora, más hermosa y más valiente. Entre las siete hermanas mujeres Carmela era la más exquisita, tanto en su manera de moverse como de hablar y es o le atrajo todas las preferencias. Mi bisabuela Piíta, o doña Petrona del Carmen Argaña, como ustedes prefieran recordarla, supo desde el día en que Carmela nació, que una criatura tan linda no podía esperar cosas muy buenas de la vida. La belleza es casi todo y resta muy poco de los regalos que Dios da a cada una, decía mi bisabuela. Pronto comprobó que no era sólo hermosura lo que el Señor había dado a su hija. Apenas supo hablar Carmela conquistó a su padre, a todos los tíos y a los hermanos, que la protegían de las otras hermanitas, celosas de la atención que acaparaba Carmela.

Mariquita, Consunción y Carmela iban caminando, desde la casa de la avenida Pettrossi hasta el colegio de La Providencia, donde estudiaban gratis porque una de las monjas era hermana de mi bisabuelo. Llegaban siempre tarde porque Carmela lloraba si no la dejaban pasar por la Plaza del Mercado. Allí recibía regalos de las marchantes, que la adoraban.

A los 14 años ni siquiera la ropa triste del uniforme y los zapatos gastados y el sombrerito ridículo que la obligaban a usar para ir a misa, lograban esconder el resplandor de su carne encendida, luminosa, como llamando a batalla. Don Pedro, mi bisabuelo, había muerto y su viuda trataba de conseguir una vida decente para sus 7 hijas mujeres. Quería [102] casarlas a todas para poder dormir tranquila. De sus hijos varones no se preocupaba, ellos eran sus preferidos y podían seguir gozando de sus cuidados y sus milagros para siempre.

Hubo una peste de sarampión en la familia y murió un hijo de Floria, la eterna criada de Piíta. Mis tías estuvieron delicadas y Carmela quedó muy delgadita. La madre pensó que una temporada en la casa de su madrina le vendría muy bien para reponerse y consiguió que doña Belén, la comadre de Caazapá, la recibiera durante esos meses de vacaciones.

Allá fue mi tía adolescente, sola, en un tren lleno de pasajeros de todas clases, porque mi bisabuela estaba totalmente arruinada luego de la enfermedad de las niñas y no podía pagar más de un pasaje. Con un pollo asado en el canasto como avío y la cabeza repleta de recomendaciones de su madre como cinturón de castidad, partió tía Carmela. «No hables

con nadie y sentate siempre al lado de alguna señora. Tu madrina te espera en la estación, obedecela, portate bien, como una señorita. Comé mucho y tomá la leche recién ordeñada», seguía repitiendo su madre mientras corría a la par del lento vagón en el que mi tía sacaba su cabeza de camafeo por la ventanilla.

Carmela cumplió muy bien con todo lo que le recomendó su madre, pero no respetó el orden de los factores.

-¿Qué importa si como lo que convida el señor del asiento de enfrente si yo estoy sentada al lado de una señora? Si me porto como una señorita mi mamá va a estar orgullosa -pensaba cuando se arrancó el sombrerito de colegiala y soltó su pelo negro, espeso, tibio. Ella desentonaba en ese pasaje de mujeres de typoi, con cigarros en sus bocas desdentadas. Tía Carmela tenía una distinción innata que se notaba a pesar de su vestido muy gastado.

Era su primer viaje en tren y festejaba cada parada asomándose a la ventanilla para charlar con las chiperas y las alojeras y para estar más cómoda se sentó junto al señor, que le cedió la ventanilla.

El señor no era tan mayor como para merecer ese trato, tendría unos 15 años más que mi tía y ocupaba el cargo de jefe de estación de Yegros. [103]

Antes de llegar a Luque, tía Carmela y él charlaban como dos antiguos conocidos. Por la tardecita, a la altura de un cerro que escondía gran parte del sol, mi tía quedó dormida sobre el hombro de su compañero de asiento, sin malicia, sin intención de su parte, era una criatura aún dentro de un cuerpo delgado que prometía mucho. Mi tía dejó que él la sostuviera cuando se despertó a causa del silencio y la inmovilidad. El tren se había detenido en medio del campo y la mayoría de los pasajeros había bajado para refrescarse en un arroyo que pasaba bajo un montecito, muy cerca de las vías.

Tía Carmela hubiera debido bajar también porque estaba muy acalorada, las manos del señor del tren, en todo su cuerpo, le producían un calor inaguantable, un delicioso calor. Él la recostó en el asiento, con suavidad. Estaban acompañados por una vieja que dormitaba al fondo del vagón y por una gallina que los miraba desde una improvisada jaula de tacuarillas. Las piernas de Carmela se separaron sin dudar ni un instante y estaba presta para conocer un secreto importantísimo que se cuentan hombres y mujeres, cuando la señora del asiento de enfrente tosió y el señor se vio en apuros para arreglarse la ropa, que no le entraba del cinturón para abajo.

Carmela se bajó la falda y se sentó, muy quieta y muy enojada, sin saber de dónde le venían aquella furia, aquellas ganas de llorar.

A partir de allí el viaje se hizo aburrido. El hombre bajó en Yegros y mi tía se dio cuenta, mucho tiempo después, que él la había iniciado en una actividad que no abandonarla por nada del mundo.

En la vieja estación de Caazapá la estaban esperando doña Belén y sus hijos, unos mozos fuertes y reidores: Ramón y Miguel.

Ése fue un verano más que ardiente y los tres meses que demoró mi tía Carmela en reponerse le parecieron menos que un minuto, tan pronto se va placer.

Los hijos de la comadre cambiaron y dejaron la inocencia y el silencio que siempre los había acompañado para volverse solícitos y charlatanes con esa adolescente que había llegado desde tan lejos, desde Asunción. Ellos le enseñaron a reconocer el canto de cada pájaro que habitaba en el monte, cruzado por un arroyo helado. La despertaban de [104] madrugada para invitarla a ver al alba, la luz rosada que traspasaba la espesura del bosque cercano al rancho y la llevaron una siesta muy calurosa hasta el arroyo que dejó de ser una corriente fría al absorber el calor de los cuerpos jóvenes, apasionados, desnudos.

La madrina decidió que era hora ya del regreso de su ahijada. Las ojeras de sus hijos y una creciente tensión entre ellos la alertó de lo que estaba sucediendo.

Carmela volvió acompañada por su madrina Belén hasta la casa de la calle Estrella casi Convención, adonde se había mudado la matriarca viuda y sus hijas e hijos. La comadre no quiso entrar en explicaciones acerca del florecimiento de Carmela, prefirió decir, vagamente, que el aire del campo le sentó muy bien. Pasó la noche en la casa y se fue muy temprano hasta su valle donde la esperaban sus dos hijos melancólicos.

Mi bisabuela vio sus temores confirmados: la hermosura de Carmela era cosa de cuidado y en ese momento el peligro era mucho mayor ya que regresó de Caazapá una mujer en la plenitud y no la muchachita delgada e inocente que ella había despedido en la estación del ferrocarril. Tenía que casarla cuanto antes, pero primero estaba la boda de Mariquita con Marcial, el español. Como Piíta era una mujer muy decidida y no dudaba de los resultados de sus acciones, dictadas por el sentido común, tomó el camino más seguro y destinó a Carmela a la cocina.

En aquellos días, Floria, la criada, se ocupaba de cocinar dos comidas al día para los albañiles que levantaban un edificio de tres pisos, en la esquina, pegado a la casa que alquilaba mi bisabuela. Desde el cocido con mbeju hasta el loco o el bori bori del almuerzo, todo salía de los grandes fogones de la cocina de la casa de mi abuela. La comida se preparaba desde muy temprano y alcanzaba, no sólo para los hombres que trabajaban en la construcción, sino que toda la familia comía gratis y aún sobraban algunos pesitos para preparar el traje de novia de tía Mariquita.

Por lo tanto, ser ayudante de cocina significaba no salir de allí desde la madrugada, cuando se encendía el fuego con las brasas agonizantes entre la ceniza del día anterior, hasta el atardecer cuando ya no era conveniente que una señorita abandonara la casa. Las provisiones [105] las traía Floria desde el mercado Guazú y Carmela pelaba, lavaba y sumergía las mandiocas en el agua que había sacado del pozo. Después picaba las verduras para el loco o para cualquiera de los caldos con carne que satisfacían a esos hombres rudos que trabajaban hasta la tardecita. Su madre le había legado la creatividad y tía Carmela hacía unas deliciosas tortillas con queso paraguay y cebollitas de verdeo, que freía en el aceite usado pero colado con un lienzo limpio y cuando no tenía algunos de los elementos, sencillamente los inventaba, como aquella vez que puso en el relleno mandioca cruda

rallada a falta de las verduras y el queso. Los hombres se relamían al comerlas y enviaban felicitaciones con Floria y su hija Ramonita, las únicas que podían repartir la comida y hablar con ellos.

Piíta cuidaba mucho a sus hijas y mantenía a las chicas ocupadas con cualquier tarea para que no tuvieran tentaciones de mirar a esos desvergonzados que trabajaban casi desnudos y que se entretenían en tomar tereré mirando todo lo que ocurría en su casa desde la madrugada hasta el atardecer, hora en que se retiraban dejando el esqueleto del edificio en penumbras.

Las hermanas podían entonces sentarse en el jardín interior de la casona, para descansar, charlar y planear una divertida fiesta de bodas para la hermana casadera. Las reuniones terminaban a la hora del rosario, cuando todas entraban al dormitorio de la madre y rezaban frente a la imagen de San Rafael, de tamaño natural, que con su vara de oro puro parecía guiar a esa tribu por el camino correcto.

Carmela andaba callada, como reconcentrada en nostalgias. Su cuerpo resplandecía bajo el typoi que usaba para dormir y Consunción, que compartía el lecho con ella, muchas veces le preguntó si se ponía algo en la piel, porque brillaba demasiado.

Mi bisabuela despertó una noche, muy agitada y se levantó para ver si tía Carmela estaba en su cuarto. Al salir a la galería que rodeaba todas las habitaciones la vio parada en el jardín, al lado de un rosal. Miraba hacia arriba, a la obra que levantaba sus pilares para un segundo piso. Allí estaba, también mirándola a ella, un hombre joven, uno de los albañiles. La luna iluminaba todo como si fuera de día y Piíta tuvo miedo [106] de que su hija echara a volar para reunirse con ese hombre oscuro y fuerte. La llamó y durmió con ella, para tenerla cerca.

Al día siguiente, muy preocupada todavía, mi bisabuela tuvo que recibir al señor Reyes, que deseaba hablar con ella. Era el dueño del edificio de al lado, un viudo argentino, muy educado, que sólo quería una cosa: casarse con Carmela. No sabía ni siquiera el nombre de mi tía, pero él también la había visto varias veces, cuando iba a controlar el trabajo. Dijo que estaba muy solo, que tenía un hijo casado, que se había enamorado perdidamente de mi tía, que sus intenciones eran muy serias y que si mi abuela le permitiese visitar la casa, a fines de ese mismo año se casaría con Carmela. Para ablandar a mi bisabuela le obsequió un álbum para guardar fotografías y dejó para Carmela un abanico finísimo que había traído de un viaje a España.

Es el ángel de la guarda -dijo Piíta cuando el viudo se fue-, es el marido perfecto para mi Carmela.

A ella, a Carmela, nadie le pidió opinión y el noviazgo se inició con la estrecha vigilancia de mi abuela y de mis otras tías que, envidiosas de la suerte de la hermana, se burlaban de ella diciéndole que su novio era muy viejo. Para los 16 de Carmela los casi 50 de Ignacio Reyes conservaban arrestos de juventud y mis otras tías, las pobres, aún no sabían nada de los viejos que les tocarían en suerte a ellas.

Reyes viajó para comprar el ajuar de la novia y para contar a su hijo que se casaría nuevamente. Carmela, librada de la condena de los fogones, pasaba el día eligiendo modelos de zapatos y de sombreros, comiendo chocolates que le regalaba su novio y mirando por el balcón el paso del último tranway, a las 7 de la tarde. A esa misma hora se iniciaban los preparativos para el rezo y ella se arreglaba siempre para demorar, se encerraba en el baño por horas y cuando salía se excusaba diciendo que le habían hecho mal los bombones o las guayabas o las mandarinas... Floria sospechaba algo pero decidió callarse. Ella había criado a todas mis tías y sabía que Carmela jamás hubiera tenido el coraje de quedarse sola en una letrina sin luz, al fondo del patio, muy cerca de la cueva de las culebras que siempre habían aterrorizado a la hija más linda de doña Piíta, pero hizo como los monos sabios: no vio, no escuchó y no dijo nada. [107]

El matrimonio se realizaría en pocos días más, antes incluso que el de la tía Mariquita, quien aguardaba que se terminara su futura casa en Villeta para casarse con Marcial. Un lunes, tía Carmela dijo que se sentía muy mal y que necesitaba un remedio de botica para los vómitos y el intenso dolor de vientre. Su madre había ido a un velorio con sus hermanas y Carmela estaba sola con Floria. La criada fue hasta la farmacia y al volver no encontró ni señas de la enferma. Señas que sí encontró mi bisabuela un día antes del regreso del novio de la tía Carmela. Ella, la hija perdida, estaba de luna de miel con el albañil, en una piecita, en el barrio del hospital de Clínicas. Lloró Piíta sus lágrimas más saladas y Carmela no se conmovió. No tuvo más remedio entonces, la anciana señora, que recurrir a una paliza soberana que su hija sí sintió en su cuerpo ardiente.

Mi tía volvió para recibir a su novio y para casarse con él, más hermosa que nunca.

Carmela le dio a Ignacio Reyes Ledesma cinco hijas mujeres y con eso consideró haber cumplido con creces su deber de esposa. Él enloqueció de amor por sus «mujeres» y se dedicó a darles una vida de reina, sin hacer caso de las murmuraciones sobre los coqueteos de Carmela. Decía que no era culpa de «su reina» ser tan hermosa y tan encantadora «ella no puede remediarlo», se consolaba y se felicitaba por ser él el elegido.

Viajaron por todo el mundo y Carmela, cada día más tirana e indiferente con su marido, lo ataba más a ella.

Él atendía a las nenas y velaba para que todos los caprichos de Carmela fueran satisfechos. Mi tía era la estrella indiscutible de una sociedad que se formó a su alrededor y que vivía a costa de su generosidad, como su madre y sus hermanas.

El matrimonio se radicó en Buenos Aires pero viajaba una o dos veces al año hasta Asunción. Esos viajes en barco eran un lujo casi obligatorio para las familias asuncenas de buena posición y Carmela no podía privarse de ellos.

Tenía mi tía algo así como 40 años y ya era abuela de varios nietos cuando vino a ocuparse de un problema de su ahijado Silvio. Sus amigas la agasajaron con reuniones y fiestas y le ofrecieron una despedida en la [108] casa de Mami Torres que se había casado finalmente con un hombre de muchísimo dinero.

Nadie se explica que vio tía Carmela en él, en Atilano, el marido de Mami Torres, pero lo cierto es que pospuso su partida e inició un romance que hizo las delicias de las chismosas de aquel tiempo en que no había telenovelas. Mami no pudo o no quiso retener al hombrón que había sido su esposo y decidió aceptar el papel de la víctima. Recorrió las siete estaciones, como un vía crucis particular, contando su desgracia en casa de todas sus amigas «bien» que ya habían repudiado a tía Carmela. A ella, que se había vuelto mucho más hermosa aún en esa madurez detenida por la pasión, no le importó nada y partió hacia Caaguazú con Atilano. A vivir con él en su obraje.

De aquel tiempo se contaron de Carmela las cosas más horribles, decían, por ejemplo, que era una desalmada por dejar a su marido y a su familia; que no tenía vergüenza para proceder así a su edad, que su pobre marido se había muerto por su culpa (en realidad tuvo un infarto). No la culparon de la fiebre amarilla ni de la sequía ni de la plaga de langostas porque las señoras de la sociedad no se ocupaban de esos temas.

Carmela tuvo la virtud de unir a las asuncenas en su contra y cuando regresó del monte por primera vez, luego de un año, Mariquita la hospedó en su casa y enterró los celos que había sentido durante años ante la visión de la golpeada y agobiada Carmela. Mi tía la bella, la encantadora, no era ni la sombra de lo que había sido. Los insectos de la selva habían mordido su piel, aquella piel deslumbrante, y las cicatrices trazaban en sus brazos y piernas el mapa de su infortunio. El cabello seco, sin vida, rodeaba un rostro delgadísimo donde sólo resaltaba la expresión ausente de los ojos. Carmela no podía contarle a Mariquita nada de lo que había pasado y prefirió dejar que ella misma lo adivinara.

Luego de un mes de cuidados amorosos prodigados por su hermana y sus sobrinas, tía Carmela fue mejorando y hasta se puso alegre al saber que su hija mayor vendría a verla.

Dos días antes de la llegada de María Catalina, la hija de tía Carmela, Atilano se presentó, muy atildado y suave a solicitar el perdón de su amada. El cortejo fue deslumbrante, le regaló vestidos, zapatos, [109] una cocina a kerosene para llevar al obraje, un espejo grande para que se mirara, una máquina de coser Singer, un mosquitero de dos plazas, una Virgen del Perpetuo Socorro y dos candelabros de plata. Atilano no tuvo nunca el buen gusto de Ignacio Reyes, ni su cultura, ni su don de gentes... Pero algo tendría, porque tía se fió de sus promesas y volvió al monte con él.

Los regresos de tía Carmela y los arrepentimientos de Atilano se repitieron varias veces hasta que ella puso punto final al irse a Buenos Aires para siempre.

Él se dio a la bebida, es decir abiertamente, antes sólo bebía en el obraje y las consecuencias de sus borracheras las sufría Carmela. Cuando ella lo abandonó Atilano perdió todo, su dinero, las ganas de vivir y el obraje. La tía Carmela en cambio, se transformó en una abuela elegante y distinguida que vivía en casa de su hija. El resplandor de su piel había reaparecido y un olvido conveniente borró arrugas y cicatrices. Un médico colega de su yerno mucho menor que ella, la llevó con él al sur.

Nadie volvió a saber nada de Carmela y la familia aceptó como ciertas todas las noticias que llegaban de lejos, aun las más descabelladas, como aquella que decía que había tocado el cadáver embalsamado de Evita y que por eso no envejeció nunca.

Con Carmela todo era posible.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo